

Domingo IV de Adviento (ciclo A)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Ángelus 2013**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamezza.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Pere GRAU i Andreu (Les Planes, Barcelona, España)** (www.evangelinet.net)
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO** (www.clerus.org)

DEL MISAL MENSUAL

ASÍ NACIÓ JESÚS, EL MESÍAS

A 7,10-14; Rm 1,1-7; Mt 1,18-24

La certidumbre más profunda que Israel aprendió, permanece registrada en ese hermoso nombre conocido y amado por los cristianos que leían el Evangelio de san Mateo: Emmanuel. Dios está con nosotros, camina a nuestro lado y conoce nuestros afanes más íntimos. Israel aprendió a descubrir las señales de la presencia amorosa de Dios en su historia. Ninguna tan explícita y plena como la de Jesús, hijo de María, que vivió amando a sus hermanos de la misma manera que Dios ama. El relato del nacimiento de Jesús es la confesión de fe de los primeros cristianos acerca de la filiación divina de Jesús. Él es engendrado por la fuerza del Espíritu, en su persona resplandece con total transparencia la humanidad nueva. Jesús, Verbo de Dios es el hombre nuevo: es nuevo porque procede de Dios; es humano porque fue gestado en el vientre de María, la mujer fiel de Nazaret.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Is 45, 8

Cielos, destilen el rocío; nubes, lluevan la salvación; que la tierra se abra y germine el salvador.

No se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Te pedimos, Señor, que infundas tu gracia en nuestros corazones, para que, habiendo conocido, por el anuncio del ángel, la encarnación de tu Hijo, lleguemos, por medio de su pasión y de su cruz, a la gloria de la resurrección. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

He aquí que la virgen concebirá.

Del libro del profeta Isaías: 7, 10-14

En aquellos tiempos, el Señor le habló a Ajaz diciendo: “Pide al Señor, tu Dios, una señal de abajo, en lo profundo, o de arriba, en lo alto”. Contestó Ajaz: “No la pediré. No tentaré al Señor”.

Entonces dijo Isaías: “Oye, pues, casa de David: ¿No satisfechos con cansar a los hombres, quieren cansar también a mi Dios? Pues bien, el Señor mismo les dará por eso una señal: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán el nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios-con-nosotros”.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 23, 1-2.3-4ab.5-6

R/. Ya llega el Señor, el rey de la gloria.

Del Señor es la tierra y lo que ella tiene, el orbe todo y los que en él habitan, pues él lo edificó sobre los mares, él fue quien lo asentó sobre los ríos. **R/.**

¿Quién subirá hasta el monte del Señor? ¿Quién podrá entrar en su recinto santo? El de corazón limpio y manos puras y que no jura en falso. **R/.**

Ése obtendrá la bendición de Dios, y Dios, su salvador, le hará justicia. Ésta es la clase de hombres que te buscan y vienen ante ti, Dios de Jacob. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Jesucristo, nuestro Señor, Hijo de Dios, nació del linaje de David.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 1, 1-7

Yo, Pablo, siervo de Cristo Jesús, he sido llamado por Dios para ser apóstol y elegido por él para proclamar su Evangelio. Ese Evangelio, que, anunciado de antemano por los profetas en las Sagradas Escrituras, se refiere a su Hijo, Jesucristo, nuestro Señor, que nació, en cuanto a su condición de hombre, del linaje de David, y en cuanto a su condición de espíritu santificador, se manifestó con todo su poder como Hijo de Dios, a partir de su resurrección de entre los muertos.

Por medio de Jesucristo, Dios me concedió la gracia del apostolado, a fin de llevar a los pueblos paganos a la aceptación de la fe, para gloria de su nombre.

Entre ellos, también se cuentan ustedes, llamados a pertenecer a Cristo Jesús.

A todos ustedes, los que viven en Roma, a quienes Dios ama y ha llamado a formar parte de su pueblo santo, les deseo la gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor.

Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 1, 23

R/. Aleluya, aleluya.

He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán el nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios-con-nosotros. **R/.**

EVANGELIO

Jesús nació de María, desposada con José, hijo de David.

Del santo Evangelio según san Mateo: 1, 18-24

Cristo vino al mundo de la siguiente manera: Estando María, su madre, desposada con José, y antes de que vivieran juntos, sucedió que ella, por obra del Espíritu Santo, estaba esperando un hijo. José, su esposo, que era hombre justo, no queriendo ponerla en evidencia, pensó dejarla en secreto.

Mientras pensaba en estas cosas, un ángel del Señor le dijo en sueños: “José, hijo de David, no dudes en recibir en tu casa a María, tu esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”.

Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del profeta Isaías: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán el nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios-con-nosotros.

Cuando José despertó de aquel sueño, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y recibió a su esposa.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

Credo.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que santifique, Señor, estos dones, colocados en tu altar, el mismo Espíritu que fecundó con su poder el seno de la bienaventurada Virgen María. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio II o IV de Adviento

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Is 7, 14

Miren: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien le pondrá el nombre de Emmanuel.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido esta prenda de redención eterna, te rogamos, Dios todopoderoso, que, cuanto más se acerca el día de la festividad que nos trae la salvación, con tanto mayor fervor nos apresuremos a celebrar dignamente el misterio del nacimiento de tu Hijo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Puede utilizarse la fórmula de bendición solemne, MR, p. 591 (598). 108

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO

Un creyente comprende claramente que la dinámica de la fe implica asumir responsabilidades. No es Dios quien debe “comprobar” su existencia, ni documentar de manera autoritaria su voluntad. La relación de fe implica confianza y ésta no es el fruto de un silogismo, sino del libre encuentro de dos

personas que se abandonan recíprocamente una en la otra. Acáz no fue capaz de confiar en la amigable presencia de Dios, mientras que María, la madre del Señor Jesús, sí logró acoger el demandante llamado a ser madre del Emmanuel, sin estar viviendo aún con José, su prometido. Como testigos de la fe, no podemos exigir que las personas reciban sin vacilar la palabra de Dios. Nuestro compromiso consiste en ser señales creíbles del amor de Dios. Quien conoce a Dios, ama, escoge y asume los valores y preferencias de Dios.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Mirad, la virgen está encinta (Is 7,10-14)

Primera lectura

Las palabras de la lectura se enmarcan en un encuentro entre Isaías y el rey Ajaz, en el que el monarca se debate en la duda de qué postura tomar ante las presiones que recibe para que su reino se incorpore a la coalición antiasiria formada por Israel (aquí también llamado Efraím) —cuya capital era Samaría— y por Siria —cuya capital era Damasco—. De Tabeel (o Tabeal) (v. 6) no se conoce más de lo que aquí se dice. Quizá fuera un alto funcionario, dispuesto a seguir la política aramea en el reino del Sur. El mensaje profético consiste en advertir a Judá que debe confiar en Dios prestando fe a su palabra, sin recurrir a alianzas políticas, ni con los sirio-efraimitas ni con Asiria. El párrafo termina lacónicamente con la amenaza de que si Ajaz y los suyos no creen, no subsistirán (vv. 7-9).

Aunque el rey Ajaz la había rechazado, el Señor le ofrece una señal de que no tiene por qué temer las amenazas de los reyes de Israel y Siria: una doncella está encinta y dará a luz un niño a quien llamará Emmanuel; en pocos años, antes de que el niño tenga uso de razón, los dos reinos a los que Ajaz teme habrán quedado desolados y vendrá una prosperidad a Judá como no la tenía desde antes de que comenzaran las amenazas del poderío asirio.

Las palabras del profeta, que en su contexto histórico y en su significación literal resultarían bastante claras para los protagonistas, tienen además la capacidad de enriquecerse con nuevos significados: es lo que ha sucedido con este texto en el desarrollo progresivo de la Revelación. En efecto, en el v. 14 hay tres elementos que, por separado y en su conjunto, pueden ser signo de la paz y de la salvación: la madre, el hijo y el nombre «Emmanuel». La madre es una doncella, es decir, una mujer joven que no ha tenido hijos antes. Podría referirse a la joven esposa de Ajaz o a una joven indeterminada. En todo caso, al presentar su embarazo en el marco de una señal que se da al rey, se indica que estamos ante un hecho novedoso. No es extraño, por eso, que los intérpretes posteriores, especialmente los que tradujeron el texto al griego hacia el siglo II a.C., para subrayar esa novedad asombrosa tradujeran la palabra hebrea «doncella» por la palabra griega «virgen». Después, los evangelistas San Mateo (Mt 1,23) y San Lucas (Lc 1,26-31) indicaron que la virginidad de María era la señal de que su Hijo es el Mesías, el verdadero Dios con nosotros, que trae la salvación.

El niño es el elemento más significativo. Si se trata del hijo de Ajaz, el futuro rey Ezequías, la profecía estaría mostrando que su nacimiento iba a ser señal de la protección divina, porque con él se aseguraría la sucesión dinástica. Si se refiere a un niño indeterminado, las palabras del profeta enseñarían que el nacimiento de este niño pondría de manifiesto la esperanza de que «Dios iba a estar con nosotros», y su edad de discernimiento (v. 16) indicaría la llegada de la paz; sería, por tanto, la señal de que «Dios está con nosotros». En el Nuevo Testamento, estas palabras se cumplen en su sentido más profundo: María es Virgen y es Madre, y su Hijo no es un símbolo de la protección de Dios sino la realidad del Dios verdadero que habita entre nosotros.

El nombre «Emmanuel» es expresión profética del carácter de revelación que tiene el nacimiento del niño, como eran reveladores los nombres de los hijos de Isaías: Sear-Yasub, que significa «un resto volverá» (7,3), y Maher-salal-jas-baz, que significa «pronto saqueo, rápido botín» (8,1-3). En el Nuevo Testamento, el nombre subraya la realidad gozosa de que Jesús es en verdad «Dios con nosotros».

La tradición cristiana ha contemplado el oráculo de Isaías con el mayor respeto y veneración: «Aprende del profeta mismo cómo ha podido suceder esto. ¿Según, quizá, la ley de la naturaleza? De ninguna manera, responde el profeta. He aquí que una virgen..., replica el profeta (...). ¡Oh evento admirable: una virgen llega a ser madre permaneciendo virgen! (...) Convenía, en efecto, que el que hacía su ingreso en la vida humana para la salvación de los hombres (...) tomase origen de una integridad absoluta y entregada a Él sin reserva alguna» (S. Gregorio de Nisa, *In diem natalem Christi* 1136). Por eso, exponiendo el sentir de la Iglesia, el Concilio Vaticano II puede expresarse así: «La Sagrada Escritura, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, y la venerable Tradición van mostrando de manera cada vez más clara la función de María en la historia de la salvación y, por así decirlo, la proponen a nuestra contemplación. Los libros del Antiguo Testamento describen la historia de la salvación en la que se va preparando, paso a paso, la venida de Cristo al mundo. Estos primeros documentos, tal como se leen en la Iglesia y se interpretan a la luz de la plena revelación ulterior, iluminan poco a poco con más claridad la figura de la mujer, Madre del Redentor. Bajo esta luz, ella aparece proféticamente en la promesa hecha a nuestros primeros padres acerca de la victoria sobre la serpiente (cfr Gn 3,15). Igualmente, ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo que se llamará Emmanuel (Is 7,14; Mi 5,2-3; Mt 1,22-23). Ella misma sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, que esperan de Él con confianza la salvación y la acogen. Finalmente, con ella, excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación. Es el momento en que el Hijo de Dios tomó de María la naturaleza humana para librar al hombre del pecado por medio de los misterios vividos en su carne» (*Lumen gentium*, n. 55).

El hecho de que el oráculo fuera pronunciado en circunstancias históricas concretas no cierra, pues, su horizonte más trascendente, es decir, mesiánico, que se ha ido abriendo a la luz de la historia de la salvación, en la que se deben mirar los episodios en función del designio salvador de Dios y de su acontecimiento último, que es Jesucristo. Sólo desde esta perspectiva se está en condiciones de entender que la historia del Antiguo Testamento, en su conjunto y en muchas de sus etapas, constituye una profecía del Nuevo, una «preparación del Evangelio». Por esto, para la lectura cristiana, que dispone de alguna manera del conocimiento del «final», la interpretación mesiánica del oráculo del Emmanuel es perfectamente coherente con su sentido literal.

Las palabras del profeta, cumplidas en Cristo, han dado pie a numerosas y bellas interpretaciones espirituales: «Este Emmanuel, nacido de la Virgen, come manteca y miel, y pide de cada uno de nosotros manteca para comer (...). Nuestras obras dulces, nuestras palabras suaves y buenas, son la miel que come el Emmanuel nacido de la Virgen (...). Comiendo en verdad de nuestras buenas palabras, obras y razones, nos alimenta con sus alimentos espirituales, que son divinos y mejores. Y desde el momento que es una cosa dichosa acoger al Salvador, abiertas las puertas de nuestro corazón, preparamos para Él la “miel” y toda su cena, y así Él mismo nos conduce a la gran cena del Padre en el reino de los cielos, que está en Cristo Jesús» (Orígenes, *Homiliae in Isaiam* 2,2).

Jesucristo, Señor nuestro, nacido del linaje de David según la carne (Rm 1,1-7)

Segunda lectura

Tres estimaciones aparecen en la presentación que el Apóstol hace de sí mismo (v. 1): Pablo se considera: a) «siervo de Jesucristo» —como Moisés y los antiguos profetas lo eran de Dios—; b) «apóstol por vocación» divina —que le sitúa al nivel de los Doce—; c) «designado (elegido) para el Evangelio de Dios». De este modo justifica su carta ante los fieles de Roma donde aún no había estado. Recuerda además el designio redentor de Dios Padre, realizado en Cristo, mediante el Espíritu Santo, llamado aquí «Espíritu de santificación» (vv. 2-5) —expresión no repetida en el Nuevo Testamento—, y se dirige a sus destinatarios llamándolos «amados de Dios» y «santos» (vv. 6-7). Estas palabras no son sólo un modo de hablar, sino que expresan una realidad profunda: los cristianos han sido elegidos por Dios y «llamados», de igual manera que lo fueron repetidamente los israelitas por medio de Moisés (Nm 10,1-4). En el caso de los cristianos ésta es una llamada a formar el nuevo pueblo de Dios, que tiene como nota distintiva la santidad.

La palabra «Evangelio», que San Pablo utiliza con frecuencia, designa la buena nueva de la salvación obrada por Cristo. Los Apóstoles recibieron el mandato de Jesús de predicar el Evangelio a toda criatura (Mc 16,15; Mt 28,19). Pablo ha sido elegido también como ellos, con especial encargo de proclamarlo a los gentiles (v. 5), entre los que se cuentan los romanos. Para él, el Evangelio incluye necesariamente la fe en Jesucristo como el Hijo de Dios, según testimonia su resurrección de entre los muertos (v. 4). De ahí que el Evangelio sea a la vez el poder salvador de la gracia conquistada por Jesucristo, las verdades reveladas por Él, y la actividad misma de la Iglesia para extender la salvación divina a la humanidad. En los escritos paulinos se encuentran las dos expresiones: «Evangelio de Dios» y «Evangelio de Jesucristo», que vienen a ser equivalentes.

«Obediencia de la fe» (v. 5) es la aceptación del Evangelio, acto que pertenece a la inteligencia y voluntad humanas, pero que las supera: sólo puede realizarse a partir de la fe.

Concepción virginal de Jesús (Mt 1,18-24)

Evangelio

En la genealogía ya se había indicado, pero ahora el evangelio explica cómo fue posible: es obra de Dios, pues Él es quien tiene la iniciativa llamando a José para ser esposo de María y padre del Niño. San José acepta con obediencia y, por designio divino, ejerce una verdadera paternidad sobre Jesús, imponiéndole el nombre y cuidando del Niño y de la Virgen. Así lo explica San Juan Crisóstomo: «No pienses que por ser la concepción de Cristo obra del Espíritu Santo, eres tú ajeno al servicio de esta divina economía. Porque si es cierto que ninguna parte tienes en la generación y la Virgen permanece intacta, sin embargo, todo lo que pertenece al oficio de padre sin atentar a la dignidad de la virginidad, todo te lo entrego a ti: ponerle nombre al hijo. Tú, en efecto, se lo pondrás. Porque, si bien no lo has engendrado tú, tú harás con él las veces de padre. De ahí que, empezando por la imposición del nombre, yo te uno íntimamente con el que va a nacer» (*In Matthaeum* 4,12).

«María, su madre, estaba desposada con José» (v. 18). Los desposorios —*qiddûshîn*, literalmente: «santificaciones», «consagraciones»— eran un compromiso de unión matrimonial, con los efectos jurídicos y morales del verdadero matrimonio (cfr Dt 20,7); de hecho, el adulterio de la desposada debía castigarse con la lapidación (cfr Dt 22,23-24). Al cabo de un año, o más, se celebraba el matrimonio —*nissûîn*— con la conducción de la esposa a la casa del esposo. El texto, con las indicaciones del v. 19, nos enseña hasta qué punto José era justo, con una justicia que iba más allá de la letra de los preceptos (cfr 5,20), pues su actitud equivalía a dejar a María libre de los compromisos de desposada. No es extraño que muchos autores —Orígenes, San Efrén, San Basilio, San Jerónimo, Santo Tomás de Aquino, etc.— interpretaran su gesto no como sospecha sino como señal de su intuición de una acción de Dios en María: «José se juzgaba indigno y pecador, y pensaba

que no debía convivir con una mujer que le asombraba por la grandeza de su admirable dignidad. Él veía con temblor que Ella llevaba el signo cierto de la gestación de la divina presencia, y, como no podía penetrar en el misterio, determinó dejarla. (...) Se maravilló de la novedad del milagro y de la profundidad de misterio» (S. Bernardo, *Laudes Mariae*, Sermo 2,14).

«José, hijo de David...» (v. 20). Según la tradición judía, imponer el nombre a un niño significaba reconocerlo como hijo. Es Dios quien le ordena esto, y el evangelio describe así la vocación de José: «María es la humilde sierva del Señor, preparada desde la eternidad para la misión de ser Madre de Dios; José es aquel que Dios ha elegido para ser “el coordinador del nacimiento del Señor” (Orígenes, *Homilia XIII in Lucam* 7), aquél que tiene el encargo de proveer a la inserción “ordenada” del Hijo de Dios en el mundo, en el respeto de las disposiciones divinas y de las leyes humanas. Toda la vida, tanto “privada” como “escondida” de Jesús ha sido confiada a su custodia» (Juan Pablo II, *Redemptoris Custos*, n. 8).

El Niño debe llamarse Jesús —*Yehoshu'a*, «el Señor salva»—, «porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (v. 21). En el contexto del Antiguo Testamento, salvar al pueblo significaba liberarlo de los enemigos; tras el destierro, como se lee en el libro de Isaías, se entendía también como la restauración de Israel como Reino de Dios, una vez que sus pecados hubieran sido expiados. Como el ángel, también Jesús, en la Última Cena (26,28), afirma que por su obra se perdonan los pecados: «Jesús es el nombre propio del que es Dios y hombre, el cual significa Salvador, y no le fue impuesto casualmente ni por disposición humana, sino por consejo y mandato de Dios» (*Catechismus Romanus* 1,3,5). Todos los nombres profetizados en el Antiguo Testamento para el Hijo de Dios se pueden referir a éste, porque «mientras los demás se referían a algún aspecto de la salvación que se nos había de dar, éste compendia en sí mismo la realidad y la causa de la salvación de todos los hombres» (*ibidem* 1,3,6).

«Todo esto ha ocurrido...» (v. 22). Con la cita de cumplimiento del oráculo de Isaías, el evangelista vuelve a reafirmar la virginidad de Santa María y la divinidad de Jesús. El prodigio más asombroso se ha realizado gracias a la fe rendida de dos criaturas admirables, María y José: «Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. (...) Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro y no errará en el camino» (Sta. Teresa de Jesús, *Vida* 6,7-8).

«Emmanuel» (v. 23). Cristo es verdaderamente Dios-con-nosotros no sólo por su misión divina sino porque es Dios hecho hombre (cfr Jn 1,14). No quiere decir que Jesucristo haya de ser normalmente llamado Emmanuel: este nombre se refiere más directamente a su misterio de Verbo Encarnado.

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

La Obediencia de José

¿Qué texto, pues, nos proponemos comentar hoy? Todo esto, empero, sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por boca del profeta... Aquí, cuanto le fue posible, dio el ángel un fuerte grito, digno del milagro que nos contaba: ¡Todo esto sucedió! Vio el piélago y abismo del amor de Dios, realizado lo que jamás se esperaba; suspendidas las leyes de la naturaleza y hecha la reconciliación; vio cómo el que estaba más alto de todos descendió al que estaba más bajo de todos, cómo se había derribado la pared medianera, cómo se habían eliminado los obstáculos, cómo se

habían cumplido muchas más maravillas, y, cifrando en una sola palabra el milagro, dijo: Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por boca del profeta. No pienses—nos dice el ángel—que se trata de decretos de ahora. Todo estaba de antiguo prefigurado. Es lo que Pablo procuraba mostrar en todas partes.

Por lo demás, el ángel remite a José al profeta Isaías para que, al despertarse, no se olvidara de lo que le había dicho, como de cosa reciente; mas como de los pasajes proféticos se había él nutrido y los recordaba constantemente, por ellos retendría también sus palabras. Nada de esto le dijo a la Virgen, que era una niña y no tenía familiaridad con los textos sagrados; mas con el hombre que era justo y meditaba a los profetas, el ángel puede partir de aquí para su conversación. Y notemos que, antes de citar a Isaías, le habla de tu mujer; pero, una vez que ha alegado al profeta, ya no teme el ángel pronunciar ante José el nombre de virgen. Sin duda, de no haberlo antes oído de Isaías, no hubiera José escuchado tan sin turbación este nombre. Nada nuevo, en efecto, algo más bien familiar y durante mucho tiempo meditado, iba a oír de boca del profeta. El ángel, pues, alega a Isaías porque quería dar con su testimonio más crédito a su mensaje. Sin embargo, no se quedó en Isaías, sino que refiere a Dios su palabra. Por eso no dijo: “Porque se cumpliera lo que había dicho Isaías”, sino: Porque se cumpliera lo que había dicho el Señor. La boca era de Isaías, pero el oráculo venía de lo alto.

CUESTIONES SOBRE LA PROFECÍA DE ISAÍAS:

POR QUÉ NO SE LLAMA A CRISTO “EMMANUEL”

¿Qué dice, pues, este oráculo? Mirad que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le llamarán de nombre Emmanuel (Is 7, 14), ¿Cómo, pues, no se llamó su nombre Emmanuel, sino Jesucristo? Porque no dijo “le llamarás”, sino le llamarán, es decir, así le llamarán las gentes y así lo confirmarán los hechos. En realidad, aquí se pone nombre a un acontecimiento, y tal es el uso de la Escritura, que pone por nombre los acontecimientos. Consiguientemente, le llamarán Emmanuel, no significa otra cosa sino que verán a Dios entre los hombres. Porque, si es cierto que Dios estuvo siempre entre los hombres, pero nunca tan claramente.

Mas, si los judíos siguieran porfiando, les preguntaremos: ¿Cuándo se le llamó a un niño: “Pronto despoja, saquea, aprisa saquea”? Tendrán que contestar que nunca. Entonces, ¿cómo es que dijo el profeta: Llámale de nombre “Pronto despoja”? (Is 8, 3) Porque, nacido aquel hijo del profeta, hubo presa y reparto de botín. Lo que fue un hecho al nacer el niño, se pone por nombre suyo.

En otro pasaje dice el mismo Isaías: La ciudad se llamará ciudad de la justicia; Sión, metrópoli de la fidelidad (Is 1, 26). Sin embargo, en ninguna parte hallamos que a Jerusalén se la llame “Ciudad de la justicia”, sino que siguió llamándose Jerusalén; pero como así había efectivamente sucedido, transformada ella en mejor, dijo el profeta que se la llamaría así. Y es que, cuando se da un hecho, que da a conocer al que lo realiza o al que de él se aprovecha, mejor que su nombre mismo, la Escritura dice que su nombre es la verdad misma de la cosa.

EL PROFETA NO HABLA DE “MUJER JOVEN”, SINO DE “VIRGEN” PROPIAMENTE DICHA

Cerrada en este punto la boca a los judíos, buscarán otra dificultad—lo que se dice de la virginidad—, y, alegándonos a otros traductores, nos objetarán que el texto primitivo no dice “virgen”, sino “mujer joven”. A esto responderemos, ante todo, que con toda justicia deben ser tenidos los Setenta por los más fidedignos de todos los traductores de los Libros santos.

En efecto, los otros tradujeron después del advenimiento de Cristo, permaneciendo en el judaísmo, y hay razón para sospechar en ellos que se dejaron llevar de su enemiga contra la fe cristiana y que oscurecieran adrede las profecías; los Setenta, empero, que realizaron su obra cien o más años antes de Cristo y que fueron tantos en número, están libres de toda sospecha, y por el tiempo, por su muchedumbre y por su unanimidad es justo se les dé más crédito que a cualesquiera otros intérpretes.

Más, aun en el caso de que aleguen la autoridad de los modernos, la victoria será siempre nuestra. En efecto, también el nombre de “juventud” suele la Sagrada Escritura aplicarlo a la virginidad, no sólo tratándose de hembras, sino también de varones. Así, dice el salmista: Jóvenes y vírgenes, viejos juntamente con los mozos (Sal 148, 12). Y, hablando en otro paso sobre una joven a cuyo honor se atentaba, dice la Escritura: Si la joven levantara la voz... (Dt 22, 27). La joven, es decir, la virgen, como lo prueba todo el contexto anterior. Además, el profeta no dijo simplemente: Mirad que la virgen concebirá, sino que antes había dicho: Mirad que el Señor mismo os dará un signo, y luego añadió: Mirad que la virgen concebirá. A la verdad, si la que iba a concebir no era virgen, sino que había de ser madre por ley común de la naturaleza, ¿qué signo había en eso? Un signo tiene que pasar la medida de lo corriente, tiene que ser peregrino y sorprendente. En otro caso, ¿cómo puede ser signo?

CONDUCTA ADMIRABLE DE JOSÉ

Levantado José del sueño, hizo como le había mandado el ángel del Señor. ¡Mirad qué obediencia, mirad qué docilidad de espíritu! He aquí un alma vigilante e íntegra en todo. Cuando era presa de una sospecha desagradable y extraña, no se hacía a la idea de retener consigo a la Virgen; ahora que está libre de aquella sospecha, no piensa un momento en echarla de su casa. Sí, la retuvo, y entró así en el servicio de toda la economía de la encarnación: Y tomó—dice—consigo a María su mujer. Notad cómo el evangelista emplea constantemente el nombre de mujer; lo uno porque no quería que por entonces se descubriera el misterio, lo otro para alejar de la Virgen aquella sospecha de que hablamos.

MARÍA FUE PERPETUAMENTE VIRGEN

Sabiéndola, pues, tomado consigo, no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito. “Hasta” lo puso aquí el evangelista no porque haya de sospecharse que la conoció posteriormente, sino porque se entienda bien que la Virgen permaneció absolutamente intacta antes del parto. —¿Por qué, pues —me diréis—, usó de la partícula “hasta”? —Porque ése es muchas veces el uso de la Escritura, que no emplea esa palabra para indicar un tiempo determinado. Así, por ejemplo, hablando del arca, dice: No volvió el cuervo hasta que se secó la tierra, cuando sabemos que tampoco volvió después de secarse (Sal 89, 8). Y hablando de Dios: Desde el siglo hasta el siglo eres tú (Gn 8, 17), sin que aquí se señale un término. Lo mismo en otro paso en que da una buena noticia y dice: Se levantará en sus días la justicia y muchedumbre de paz hasta que desaparezca la luna (Sal 71, 7). Lo que no quiere decir, que ponga término a este bello astro. Así también aquí, “hasta” asegura lo que hubo antes del parto; lo de después lo deja el evangelista a vuestra consideración. Lo que teníamos que saber del evangelista, eso fue lo que él nos dijo, a saber: que la Virgen permaneció intacta hasta el momento del parto; lo otro, que era natural consecuencia de lo ya dicho y quedaba con ello confesado, os lo deja que lo comprendáis por vosotros mismos. ¿Cómo no comprender que José, que era hombre justo, no había de atreverse a conocer después a la que por tan maravillosa manera había sido madre, a la que tan nuevo parto, tan peregrino alumbramiento, había merecido? Y si la conoció y la tuvo por mujer ordinaria suya, ¿cómo es que Cristo la encomendó a su discípulo como mujer indefensa y sin marido y le mandó que la recibiera en su casa? (Jn 19, 25s)

Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (I), Homilía 5, 1-2, BAC Madrid 1955, 86-94

FRANCISCO – Ángelus 2013

José no permitió que el rencor le envenenase el alma

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este cuarto domingo de Adviento, el Evangelio nos relata los hechos que precedieron el nacimiento de Jesús, y el evangelista Mateo los presenta desde el punto de vista de san José, el prometido esposo de la Virgen María.

José y María vivían en Nazaret; aún no vivían juntos, porque el matrimonio no se había realizado todavía. Mientras tanto, María, después de acoger el anuncio del Ángel, quedó embarazada por obra del Espíritu Santo. Cuando José se dio cuenta del hecho, quedó desconcertado. El Evangelio no explica cuáles fueron sus pensamientos, pero nos dice lo esencial: él busca cumplir la voluntad de Dios y está preparado para la renuncia más radical. En lugar de defenderse y hacer valer sus derechos, José elige una solución que para él representa un enorme sacrificio. Y el Evangelio dice: “Como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado” (Mt 1, 19).

Esta breve frase resume un verdadero drama interior, si pensamos en el amor que José tenía por María. Pero también en esa circunstancia José quiere hacer la voluntad de Dios y decide, seguramente con gran dolor, repudiar a María en privado. Hay que meditar estas palabras para comprender cuál fue la prueba que José tuvo que afrontar los días anteriores al nacimiento de Jesús. Una prueba semejante a la del sacrificio de Abrahán, cuando Dios le pidió el hijo Isaac (cf. Gn 22): renunciar a lo más precioso, a la persona más amada.

Pero, como en el caso de Abrahán, el Señor interviene: encontró la fe que buscaba y abre una vía diversa, una vía de amor y de felicidad: “José –le dice– no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo” (Mt 1, 20).

Este Evangelio nos muestra toda la grandeza del alma de san José. Él estaba siguiendo un buen proyecto de vida, pero Dios reservaba para él otro designio, una misión más grande. José era un hombre que siempre dejaba espacio para escuchar la voz de Dios, profundamente sensible a su secreto querer, un hombre atento a los mensajes que le llegaban desde lo profundo del corazón y desde lo alto. No se obstinó en seguir su proyecto de vida, no permitió que el rencor le envenenase el alma, sino que estuvo disponible para ponerse a disposición de la novedad que se le presentaba de modo desconcertante. Y así, era un hombre bueno. No odiaba, y no permitió que el rencor le envenenase el alma. ¡Cuántas veces a nosotros el odio, la antipatía, el rencor nos envenenan el alma! Y esto hace mal. No permitirlo jamás: él es un ejemplo de esto. Y así, José llegó a ser aún más libre y grande. Aceptándose según el designio del Señor, José se encuentra plenamente a sí mismo, más allá de sí mismo. Esta libertad de renunciar a lo que es suyo, a la posesión de la propia existencia, y esta plena disponibilidad interior a la voluntad de Dios, nos interpelan y nos muestran el camino.

Nos disponemos entonces a celebrar la Navidad contemplando a María y a José: María, la mujer llena de gracia que tuvo la valentía de fiarse totalmente de la Palabra de Dios; José, el hombre fiel y justo que prefirió creer al Señor en lugar de escuchar las voces de la duda y del orgullo humano. Con ellos, caminamos juntos hacia Belén.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010

2007

Dar gratuitamente a los hombres lo que hemos recibido gratuitamente de Dios

Queridos hermanos y hermanas:

Sólo un día separa a este cuarto domingo de Adviento de la santa Navidad. Mañana por la noche nos reuniremos para celebrar el gran misterio del amor, que nunca termina de sorprendernos. Dios se hizo Hijo del hombre para que nosotros nos convirtiéramos en hijos de Dios. Durante el Adviento, del corazón de la Iglesia se ha elevado con frecuencia una imploración: “Ven, Señor, a visitarnos con tu paz; tu presencia nos llenará de alegría”. La misión evangelizadora de la Iglesia es la respuesta al grito “¡Ven, Señor Jesús!”, que atraviesa toda la historia de la salvación y que sigue brotando de los labios de los creyentes. “¡Ven, Señor, a transformar nuestros corazones, para que en el mundo se difundan la justicia y la paz!”.

Esto es lo que pretende poner de relieve la Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización, que acaba de publicar la Congregación para la doctrina de la fe. Este documento quiere recordar a todos los cristianos —en una situación en la que con frecuencia ya no queda claro ni siquiera a muchos fieles la razón misma de la evangelización— que “acoger la buena nueva en la fe impulsa de por sí” (n. 7) a comunicar la salvación recibida como un don.

En efecto, “la Verdad que salva la vida —que se hizo carne en Jesús—, enciende el corazón de quien la recibe con un amor al prójimo que mueve la libertad a comunicar lo que se ha recibido gratuitamente” (ib.). Ser alcanzados por la presencia de Dios, que viene a nosotros en Navidad, es un don inestimable, un don capaz de hacernos “vivir en el abrazo universal de los amigos de Dios” (ib.), en la “red de amistad con Cristo, que une el cielo y la tierra” (ib., 9), que orienta la libertad humana hacia su realización plena y que, si se vive en su verdad, florece “con un amor gratuito y enteramente solícito por el bien de todos los hombres” (ib., 7).

No hay nada más hermoso, urgente e importante que volver a dar gratuitamente a los hombres lo que hemos recibido gratuitamente de Dios. No hay nada que nos pueda eximir o dispensar de este exigente y fascinante compromiso. La alegría de la Navidad, que ya experimentamos anticipadamente, al llenarnos de esperanza, nos impulsa al mismo tiempo a anunciar a todos la presencia de Dios en medio de nosotros.

La Virgen María, que no comunicó al mundo una idea, sino a Jesús mismo, el Verbo encarnado, es modelo incomparable de evangelización. Invoquémosla con confianza, para que la Iglesia anuncie también en nuestro tiempo a Cristo Salvador. Que cada cristiano y cada comunidad experimenten la alegría de compartir con los demás la buena nueva de que Dios “tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo unigénito para que el mundo se salve por medio de él” (Jn 3, 16-17). Este es el auténtico sentido de la Navidad, que debemos siempre redescubrir y vivir intensamente.

2010

San José anuncia los prodigios del Señor

Queridos hermanos y hermanas:

En este cuarto domingo de Adviento el evangelio de san Mateo narra cómo sucedió el nacimiento de Jesús situándose desde el punto de vista de san José. Él era el prometido de María, la

cual «antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo» (Mt 1, 18). El Hijo de Dios, realizando una antigua profecía (cf. Is 7, 14), se hace hombre en el seno de una virgen, y ese misterio manifiesta a la vez el amor, la sabiduría y el poder de Dios a favor de la humanidad herida por el pecado. San José se presenta como hombre «justo» (Mt 1, 19), fiel a la ley de Dios, disponible a cumplir su voluntad. Por eso entra en el misterio de la Encarnación después de que un ángel del Señor, apareciéndosele en sueños, le anuncia: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 20-21). Abandonando el pensamiento de repudiar en secreto a María, la toma consigo, porque ahora sus ojos ven en ella la obra de Dios.

San Ambrosio comenta que «en José se dio la amabilidad y la figura del justo, para hacer más digna su calidad de testigo» (*Exp. Ev. sec. Lucam* II, 5: ccl 14, 32-33). Él —prosigue san Ambrosio— «no habría podido contaminar el templo del Espíritu Santo, la Madre del Señor, el seno fecundado por el misterio» (ib., II, 6: CCL 14, 33). A pesar de haber experimentado turbación, José actúa «como le había ordenado el ángel del Señor», seguro de hacer lo que debía. También poniendo el nombre de «Jesús» a ese Niño que rige todo el universo, él se inserta en el grupo de los servidores humildes y fieles, parecido a los ángeles y a los profetas, parecido a los mártires y a los apóstoles, como cantan antiguos himnos orientales. San José anuncia los prodigios del Señor, dando testimonio de la virginidad de María, de la acción gratuita de Dios, y custodiando la vida terrena del Mesías. Veneremos, por tanto, al padre legal de Jesús (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 532), porque en él se perfila el hombre nuevo, que mira con fe y valentía al futuro, no sigue su propio proyecto, sino que se confía totalmente a la infinita misericordia de Aquel que realiza las profecías y abre el tiempo de la salvación.

Queridos amigos, a san José, patrono universal de la Iglesia, deseo confiar a todos los pastores, exhortándolos a ofrecer «a los fieles cristianos y al mundo entero la humilde y cotidiana propuesta de las palabras y de los gestos de Cristo» (Carta de convocatoria del Año sacerdotal). Que nuestra vida se adhiera cada vez más a la Persona de Jesús, precisamente porque «el que es la Palabra asume él mismo un cuerpo; viene de Dios como hombre y atrae a sí toda la existencia humana, la lleva al interior de la palabra de Dios» (Jesús de Nazaret, Madrid 2007, p. 387). Invoquemos con confianza a la Virgen María, la llena de gracia «adornada de Dios», para que, en la Navidad ya inminente, nuestros ojos se abran y vean a Jesús, y el corazón se alegre en este admirable encuentro de amor.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

96. Con el IV domingo de Adviento, la Navidad está ya muy próxima. La atmósfera de la Liturgia, desde los reclamos corales a la conversión, se traslada a los acontecimientos que circundan el Nacimiento de Jesús. Un cambio de dirección evidenciado en el Prefacio II del tiempo de Adviento. «La Virgen concebirá» es el título de la primera lectura del año A. Ciertamente es que todas las lecturas, de los profetas a los Apóstoles y a los Evangelios, giran en torno al misterio anunciado a María por el arcángel Gabriel. (Lo que se dice aquí a propósito de los Evangelios de los domingos y de los textos del Antiguo Testamento puede ser aplicado también al Leccionario ferial del 17 al 23 de diciembre).

101. El misterio de la Concepción Virginal de María es también el tema del Evangelio del Año A pero, en este caso, la narración se desarrolla desde el punto de vista de José, como nos narra Mateo.

La primera lectura es un breve pasaje de Isaías en el que el profeta pronuncia la conocida frase:

«Mirad, la virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel». Esta lectura puede ofrecer al homileta la ocasión para explicar cómo la Iglesia ve, justamente, el cumplimiento de los textos del Antiguo Testamento en los acontecimientos de la vida de Jesús. En el pasaje de Mateo, la asamblea escucha los detalles referidos, que circundan el Nacimiento de Jesús, concluyendo con la frase: «Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta». Un profeta habla en la historia, en circunstancias concretas. En el 734 a.C., el rey Acáz tenía que hacer frente a un enemigo poderoso; el profeta Isaías le exhortó a tener fe en el poder que Dios tenía para liberar Jerusalén, y ofreció al rey un signo enviado por el Señor. Cuando el rey, con hipocresía, lo rechazó, el contrariado Isaías le anunció que le sería dado, de todas formas, un signo, el signo de una Virgen, cuyo Hijo sería llamado Emmanuel. Pero ahora, por medio del Espíritu Santo, que ha hablado por el profeta, cuanto tenía sentido en aquellas precisas circunstancias históricas se amplía para conformarse en una circunstancia histórica mucho mayor: la Venida del Hijo de Dios que se hace carne. Todas las profecías y toda la historia, en definitiva, hablan de esto.

102. El homileta, una vez presentado este argumento, puede considerar la narración bien construida de Mateo. El evangelista se preocupa de mantener en equilibrio dos verdades sobre Jesús: que es el Hijo de David y que es el Hijo de Dios. Ambas son verdades esenciales para comprender quién es Jesús. Tanto María como José interpretan un papel preciso en el cumplimiento de este entrelazarse armónico del misterio.

103. Como hemos visto en la Anunciación en el contexto de la Historia de Israel, también la genealogía que precede a este Evangelio ofrece una clave importante para su interpretación. (La genealogía se lee el 17 de diciembre y en la Misa de la Vigilia de Navidad). El Evangelio de Mateo inicia solemnemente con estas palabras: «Genealogía de Jesucristo, Hijo de David, Hijo de Abrahán». Continúa la narración tradicional de todas las generaciones: Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, y así en adelante, pasando por David y sus descendientes, hasta José, donde el relato sufre un imprevisto y marcado cambio: «Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo». Resulta singular y extraordinario cómo el texto no prosigue diciendo: «José engendró a Jesús», sino que especifica cómo José es el esposo de María, de la cual nació Jesús. Es precisamente en este punto sobre el que recae el peso del IV domingo de Adviento, como viene indicado en el primer versículo: «El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera». Es decir, en circunstancias notablemente diferentes a todos los nacimientos precedentes, exigiendo, por tanto, esta narración peculiar.

104. La primera información se refiere al hecho que María, *antes* de ir a vivir con José, estaba encinta por obra del Espíritu Santo. Es claro, por tanto, para los que escuchan y leen el pasaje que el niño no es de José, sino que es el mismo Hijo de Dios. En la narración, además, esto no está todavía claro para José. El homileta podrá constatar el drama que soporta José. ¿Sospecha la infidelidad de María y por eso decide «repudiarla en secreto»? O quizá ¿tiene alguna intuición de la obra divina, que le lleva a temer de recibir a María como su esposa? Es desconcertante también el silencio de María. Ella, claramente, mantiene el secreto que existe entre ella y Dios, y será Dios quien clarificará la situación. Ninguna palabra humana sería suficiente para explicar un misterio tan grande. Mientras José consideraba estas cosas, un Ángel le revela en sueños que María ha concebido por obra del Espíritu Santo y que no debe temer. La Liturgia del Adviento invita a los fieles a no temer y a acoger, como José, el misterio divino que se está desarrollando en su vida.

105. Un Ángel confirma en sueños a José que María ha concebido por obra del Espíritu Santo. Así, de nuevo, todo se explica: Jesús es el Hijo de Dios. Pero José tendrá que cumplir dos gestos, dos

actos que legitimarán el Nacimiento de Jesús a los ojos de la cultura y de la fe judías. El Ángel se dirige a él de modo explícito con estas palabras: «José, Hijo de David», y le ordena llevar a María a su casa, permitiendo que el misterio de ella le transforme. Después, él tendrá que dar nombre al niño. Estos dos gestos hacen de Jesús «el Hijo de David». La narración de Mateo habría podido continuar con estas palabras: «Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor», mientras que, por el contrario, la narración viene interrumpida por la profecía de Isaías: «Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por el profeta», para citar después el versículo profético que hemos escuchado en la primera lectura. Lo que Isaías dijo a Acas es poca cosa al respecto. Ahora la palabra «Virgen» se toma al pie de la letra, y Ella concibe por obra del Espíritu Santo. Y qué decir del nombre que tendrán que dar al niño ¿Emmanuel? Mateo, a diferencia de Isaías, explica su significado: «Dios-con-nosotros». También estas palabras, como indican las circunstancias, están tomadas al pie de la letra. José, el Hijo de David, lo llamará Jesús; pero el misterio más profundo de su nombre es «Dios-con-nosotros».

106. En la segunda lectura de este mismo domingo, tomada de la carta de san Pablo a los Romanos, escuchamos un lenguaje teológico más antiguo y primitivo que el de Mateo pero que ya nos revela la importancia del equilibrio armónico en los títulos que expresan el Misterio de Jesús. San Pablo habla del «Evangelio que se refiere a su Hijo, nacido, según lo humano de la estirpe de David; constituido, Hijo de David, con pleno poder por su Resurrección de la muerte». San Pablo ve ratificado el título de «Hijo de Dios» en la Resurrección de Jesús. San Mateo, como hemos visto con anterioridad, cuando explica el nombre del Emmanuel con el significado de «Dios-con-nosotros», expresa tal comprensión del Señor resucitado, haciendo referencia al principio de su existencia humana.

107. A pesar de ello, es Pablo quien muestra directamente el modo de relacionar lo que escuchamos en estos textos. Después de haber llamado con solemnidad a aquel que es el centro de su Evangelio «Hijo de David e Hijo de Dios», Pablo designa a los gentiles como los que están llamados «por Cristo Jesús». Además, los define como «a quienes Dios ama y ha llamado a formar parte de su pueblo santo». El homileta debe mostrar cómo este lenguaje se aplica también a nosotros. Los cristianos escuchan la maravillosa historia del Nacimiento de Jesucristo que cumple de modo admirable lo que había sido prometido por medio de los profetas, pero después escuchan también una palabra sobre ellos: estamos llamados a pertenecer a Jesucristo, estamos llamados por Dios y estamos llamados a ser santos.

109. En estos días convulsos de Adviento la Iglesia entera asume la fisonomía de María. El rostro de la Iglesia lleva impresos los signos distintivos de la Virgen. El Espíritu Santo actúa ahora en la Iglesia, como ha actuado siempre. Por tanto, mientras la asamblea en este domingo entra en el misterio eucarístico, el sacerdote reza en la oración sobre las ofrendas: «El mismo espíritu, que cubrió con su sombra y fecundó con su poder las entrañas de María, la Virgen Madre, santifique, Señor, estos dones que hemos colocado sobre tu altar». El homileta debe extraer el mismo nexo evidenciado por esta oración: a través de la Eucaristía, por el poder del Espíritu Santo, los fieles llevarán en su propio cuerpo lo que María llevó en sus entrañas. Como Ella, tendrán que hacer «deprisa» el bien al prójimo. Sus buenas acciones, realizadas siguiendo el ejemplo de María, sorprenderán entonces a los otros con la presencia de Cristo, de modo que dentro de ellos se produzca un salto de gozo.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La maternidad virginal de María

La virginidad de María

496 Desde las primeras formulaciones de la fe (cf. DS 10-64), la Iglesia ha confesado que Jesús fue concebido en el seno de la Virgen María únicamente por el poder del Espíritu Santo, afirmando también el aspecto corporal de este suceso: Jesús fue concebido “absque semine ex Spiritu Sancto” (Cc Letrán, año 649; DS 503), esto es, sin elemento humano, por obra del Espíritu Santo. Los Padres ven en la concepción virginal el signo de que es verdaderamente el Hijo de Dios el que ha venido en una humanidad como la nuestra:

Así, S. Ignacio de Antioquía (comienzos del siglo II): *“Estáis firmemente convencidos acerca de que nuestro Señor es verdaderamente de la raza de David según la carne (cf. Rm 1, 3), Hijo de Dios según la voluntad y el poder de Dios (cf. Jn 1, 13), nacido verdaderamente de una virgen, ... Fue verdaderamente clavado por nosotros en su carne bajo Poncio Pilato ... padeció verdaderamente, como también resucitó verdaderamente”* (Smyrn. 1-2).

497 Los relatos evangélicos (cf. Mt 1, 18-25; Lc 1, 26-38) presentan la concepción virginal como una obra divina que sobrepasa toda comprensión y toda posibilidad humanas (cf. Lc 1, 34): “Lo concebido en ella viene del Espíritu Santo”, dice el ángel a José a propósito de María, su desposada (Mt 1, 20). La Iglesia ve en ello el cumplimiento de la promesa divina hecha por el profeta Isaías: “He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un Hijo” (Is 7, 14 según la traducción griega de Mt 1, 23).

498 A veces ha desconcertado el silencio del Evangelio de S. Marcos y de las cartas del Nuevo Testamento sobre la concepción virginal de María. También se ha podido plantear si no se trataría en este caso de leyendas o de construcciones teológicas sin pretensiones históricas. A lo cual hay que responder: La fe en la concepción virginal de Jesús ha encontrado viva oposición, burlas o incompreensión por parte de los no creyentes, judíos y paganos (cf. S. Justino, Dial 99, 7; Orígenes, Cels. 1, 32, 69; entre otros); no ha tenido su origen en la mitología pagana ni en una adaptación de las ideas de su tiempo. El sentido de este misterio no es accesible más que a la fe que lo ve en ese “nexo que reúne entre sí los misterios” (DS 3016), dentro del conjunto de los Misterios de Cristo, desde su Encarnación hasta su Pascua. S. Ignacio de Antioquía da ya testimonio de este vínculo: “El príncipe de este mundo ignoró la virginidad de María y su parto, así como la muerte del Señor: tres misterios resonantes que se realizaron en el silencio de Dios” (Eph. 19, 1; cf. 1 Co 2, 8).

María, la “siempre Virgen”

499 La profundización de la fe en la maternidad virginal ha llevado a la Iglesia a confesar la virginidad real y perpetua de María (cf. DS 427) incluso en el parto del Hijo de Dios hecho hombre (cf. DS 291; 294; 442; 503; 571; 1880). En efecto, el nacimiento de Cristo “lejos de disminuir consagró la integridad virginal” de su madre (LG 57). La liturgia de la Iglesia celebra a María como la “Aeiparthenos”, la “siempre-virgen” (cf. LG 52).

500 A esto se objeta a veces que la Escritura menciona unos hermanos y hermanas de Jesús (cf. Mc 3, 31-55; 6, 3; 1 Co 9, 5; Ga 1, 19). La Iglesia siempre ha entendido estos pasajes como no referidos a otros hijos de la Virgen María; en efecto, Santiago y José “hermanos de Jesús” (Mt 13, 55) son los hijos de una María discípula de Cristo (cf. Mt 27, 56) que se designa de manera significativa como “la otra María” (Mt 28, 1). Se trata de parientes próximos de Jesús, según una expresión conocida del Antiguo Testamento (cf. Gn 13, 8; 14, 16; 29, 15; etc.).

501 Jesús es el Hijo único de María. Pero la maternidad espiritual de María se extiende (cf. Jn 19, 26-27; Ap 12, 17) a todos los hombres a los cuales, El vino a salvar: “Dio a luz al Hijo, al que Dios

constituyó el mayor de muchos hermanos (Rom 8,29), es decir, de los creyentes, a cuyo nacimiento y educación colabora con amor de madre” (LG 63).

La maternidad virginal de María en el designio de Dios

502 La mirada de la fe, unida al conjunto de la Revelación, puede descubrir las razones misteriosas por las que Dios, en su designio salvífico, quiso que su Hijo naciera de una virgen. Estas razones se refieren tanto a la persona y a la misión redentora de Cristo como a la aceptación por María de esta misión para con los hombres.

503 La virginidad de María manifiesta la iniciativa absoluta de Dios en la Encarnación. Jesús no tiene como Padre más que a Dios (cf. Lc 2, 48-49). “La naturaleza humana que ha tomado no le ha alejado jamás de su Padre ...; consubstancial con su Padre en la divinidad, consubstancial con su Madre en nuestra humanidad, pero propiamente Hijo de Dios en sus dos naturalezas” (Cc. Friul en el año 796: DS 619).

504 Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María porque Él es el Nuevo Adán (cf. 1 Co 15, 45) que inaugura la nueva creación: “El primer hombre, salido de la tierra, es terreno; el segundo viene del cielo” (1 Co 15, 47). La humanidad de Cristo, desde su concepción, está llena del Espíritu Santo porque Dios “le da el Espíritu sin medida” (Jn 3, 34). De “su plenitud”, cabeza de la humanidad redimida (cf Col 1, 18), “hemos recibido todos gracia por gracia” (Jn 1, 16).

505 Jesús, el nuevo Adán, inaugura por su concepción virginal el nuevo nacimiento de los hijos de adopción en el Espíritu Santo por la fe “¿Cómo será eso?” (Lc 1, 34; cf. Jn 3, 9). La participación en la vida divina no nace “de la sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino de Dios” (Jn 1, 13). La acogida de esta vida es virginal porque toda ella es dada al hombre por el Espíritu. El sentido esponsal de la vocación humana con relación a Dios (cf. 2 Co 11, 2) se lleva a cabo perfectamente en la maternidad virginal de María.

506 María es virgen porque su virginidad es el signo de su fe “no adulterada por duda alguna” (LG 63) y de su entrega total a la voluntad de Dios (cf. 1 Co 7, 34-35). Su fe es la que le hace llegar a ser la madre del Salvador: “Beatior est Maria percipiendo fidem Christi quam concipiendo carnem Christi” (“Más bienaventurada es María al recibir a Cristo por la fe que al concebir en su seno la carne de Cristo” (S. Agustín, virg. 3).

507 María es a la vez virgen y madre porque ella es la figura y la más perfecta realización de la Iglesia (cf. LG 63): “La Iglesia se convierte en Madre por la palabra de Dios acogida con fe, ya que, por la predicación y el bautismo, engendra para una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios. También ella es virgen que guarda íntegra y pura la fidelidad prometida al Esposo” (LG 64).

La maternidad divina de María

495 Llamada en los Evangelios “la Madre de Jesús” (Jn 2, 1; 19, 25; cf. Mt 13, 55, etc.), María es aclamada bajo el impulso del Espíritu como “la madre de mi Señor” desde antes del nacimiento de su hijo (cf Lc 1, 43). En efecto, aquél que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no es otro que el Hijo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa que María es verdaderamente Madre de Dios [“Theotokos”] (cf. DS 251).

María, madre de Dios por obra del Espíritu Santo

437 El ángel anunció a los pastores el nacimiento de Jesús como el del Mesías prometido a Israel: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor” (Lc 2, 11). Desde el principio él es “a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo” (Jn 10, 36), concebido como “santo” (Lc 1, 35) en el seno virginal de María. José fue llamado por Dios para “tomar consigo a María su esposa” encinta “del que fue engendrado en ella por el Espíritu Santo” (Mt 1, 20) para que Jesús “llamado Cristo” nazca de la esposa de José en la descendencia mesiánica de David (Mt 1, 16; cf. Rm 1, 3; 2 Tm 2, 8; Ap 22, 16).

Artículo 3. “JESUCRISTO FUE CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPIRITU SANTO Y NACIO DE SANTA MARIA VIRGEN”

Párrafo 1. EL HIJO DE DIOS SE HIZO HOMBRE

I POR QUÉ EL VERBO SE HIZO CARNE

456 Con el Credo Niceno-Constantinopolitano respondemos confesando: “Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre”.

Párrafo 2. “... CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPIRITU SANTO, NACIO DE SANTA MARIA VIRGEN”

I CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPIRITU SANTO ...

484 La anunciación a María inaugura la plenitud de “los tiempos” (Gal 4, 4), es decir el cumplimiento de las promesas y de los preparativos. María es invitada a concebir a aquel en quien habitará “corporalmente la plenitud de la divinidad” (Col 2, 9). La respuesta divina a su “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?” (Lc 1, 34) se dio mediante el poder del Espíritu: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti” (Lc 1, 35).

485 La misión del Espíritu Santo está siempre unida y ordenada a la del Hijo (cf. Jn 16, 14-15). El Espíritu Santo fue enviado para santificar el seno de la Virgen María y fecundarla por obra divina, él que es “el Señor que da la vida”, haciendo que ella conciba al Hijo eterno del Padre en una humanidad tomada de la suya.

486 El Hijo único del Padre, al ser concebido como hombre en el seno de la Virgen María es “Cristo”, es decir, el ungido por el Espíritu Santo (cf. Mt 1, 20; Lc 1, 35), desde el principio de su existencia humana, aunque su manifestación no tuviera lugar sino progresivamente: a los pastores (cf. Lc 2,8-20), a los magos (cf. Mt 2, 1-12), a Juan Bautista (cf. Jn 1, 31-34), a los discípulos (cf. Jn 2, 11). Por tanto, toda la vida de Jesucristo manifestará “cómo Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder” (Hch 10, 38).

“Alégrate, llena de gracia”

721 María, la Santísima Madre de Dios, la siempre Virgen, es la obra maestra de la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la Plenitud de los tiempos. Por primera vez en el designio de Salvación y porque su Espíritu la ha preparado, el Padre encuentra la Morada en donde su Hijo y su Espíritu pueden habitar entre los hombres. Por ello, los más bellos textos sobre la sabiduría, la tradición de la Iglesia los ha entendido frecuentemente con relación a María (cf. Pr 8, 1-9, 6; Si 24): María es cantada y representada en la Liturgia como el trono de la “Sabiduría”.

En ella comienzan a manifestarse las “maravillas de Dios”, que el Espíritu va a realizar en Cristo y en la Iglesia:

722 El Espíritu Santo preparó a María con su gracia. Convenía que fuese “llena de gracia” la madre de Aquél en quien “reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente” (Col 2, 9). Ella fue concebida sin pecado, por pura gracia, como la más humilde de todas las criaturas, la más capaz de acoger el don inefable del Omnipotente. Con justa razón, el ángel Gabriel la saluda como la “Hija de Sión”: “Alégrate” (cf. So 3, 14; Za 2, 14). Cuando ella lleva en sí al Hijo eterno, es la acción de gracias de todo el Pueblo de Dios, y por tanto de la Iglesia, esa acción de gracias que ella eleva en su cántico al Padre en el Espíritu Santo (cf. Lc 1, 46-55).

723 En María el Espíritu Santo realiza el designio benevolente del Padre. La Virgen concibe y da a luz al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo. Su virginidad se convierte en fecundidad única por medio del poder del Espíritu y de la fe (cf. Lc 1, 26-38; Rm 4, 18-21; Ga 4, 26-28).

724 En María, el Espíritu Santo manifiesta al Hijo del Padre hecho Hijo de la Virgen. Ella es la zarza ardiente de la teofanía definitiva: llena del Espíritu Santo, presenta al Verbo en la humildad de su carne dándolo a conocer a los pobres (cf. Lc 2, 15-19) y a las primicias de las naciones (cf. Mt 2, 11).

725 En fin, por medio de María, el Espíritu Santo comienza a poner en Comunión con Cristo a los hombres “objeto del amor benevolente de Dios” (cf. Lc 2, 14), y los humildes son siempre los primeros en recibirle: los pastores, los magos, Simeón y Ana, los esposos de Caná y los primeros discípulos.

726 Al término de esta Misión del Espíritu, María se convierte en la “Mujer”, nueva Eva “madre de los vivientes”, Madre del “Cristo total” (cf. Jn 19, 25-27). Así es como ella está presente con los Doce, que “perseveraban en la oración, con un mismo espíritu” (Hch 1, 14), en el amanecer de los “últimos tiempos” que el Espíritu va a inaugurar en la mañana de Pentecostés con la manifestación de la Iglesia.

Jesús viene revelado como Salvador a José

Artículo 8. EL PECADO

I LA MISERICORDIA Y EL PECADO

1846 El Evangelio es la revelación, en Jesucristo, de la misericordia de Dios con los pecadores (cf. Lc 15). El ángel anuncia a José: “Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1,21). Y en la institución de la Eucaristía, sacramento de la redención, Jesús dice: “Esta es mi sangre de la alianza, que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados” (Mt 26,28).

Cristo, el Hijo de Dios en su Resurrección

445 Después de su Resurrección, su filiación divina aparece en el poder de su humanidad glorificada: “Constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su Resurrección de entre los muertos” (Rm 1, 4; cf. Hch 13, 33). Los apóstoles podrán confesar “Hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1, 14).

II LA RESURRECCION OBRA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

648 La Resurrección de Cristo es objeto de fe en cuanto es una intervención transcendente de Dios mismo en la creación y en la historia. En ella, las tres personas divinas actúan juntas a la vez y manifiestan su propia originalidad. Se realiza por el poder del Padre que “ha resucitado” (cf. Hch 2, 24) a Cristo, su Hijo, y de este modo ha introducido de manera perfecta su humanidad - con su cuerpo - en la Trinidad. Jesús se revela definitivamente “Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de

santidad, por su resurrección de entre los muertos” (Rm 1, 3-4). San Pablo insiste en la manifestación del poder de Dios (cf. Rm 6, 4; 2 Co 13, 4; Flp 3, 10; Ef 1, 19-22; Hb 7, 16) por la acción del Espíritu que ha vivificado la humanidad muerta de Jesús y la ha llamado al estado glorioso de Señor.

695 La unción. El simbolismo de la unción con el óleo es también significativo del Espíritu Santo, hasta el punto de que se ha convertido en sinónimo suyo (cf. 1 Jn 2, 20. 27; 2 Co 1, 21). En la iniciación cristiana es el signo sacramental de la Confirmación, llamada justamente en las Iglesias de Oriente “Crismación”. Pero para captar toda la fuerza que tiene, es necesario volver a la Unción primera realizada por el Espíritu Santo: la de Jesús. Cristo [“Mesías” en hebreo] significa “Ungido” del Espíritu de Dios. En la Antigua Alianza hubo “ungidos” del Señor (cf. Ex 30, 22-32), de forma eminente el rey David (cf. 1 S 16, 13). Pero Jesús es el Ungido de Dios de una manera única: La humanidad que el Hijo asume está totalmente “ungida por el Espíritu Santo”. Jesús es constituido “Cristo” por el Espíritu Santo (cf. Lc 4, 18-19; Is 61, 1). La Virgen María concibe a Cristo del Espíritu Santo quien por medio del ángel lo anuncia como Cristo en su nacimiento (cf. Lc 2,11) e impulsa a Simeón a ir al Templo a ver al Cristo del Señor (cf. Lc 2, 26-27); es de quien Cristo está lleno (cf. Lc 4, 1) y cuyo poder emana de Cristo en sus curaciones y en sus acciones salvíficas (cf. Lc 6, 19; 8, 46). Es él en fin quien resucita a Jesús de entre los muertos (cf. Rm 1, 4; 8, 11). Por tanto, constituido plenamente “Cristo” en su Humanidad victoriosa de la muerte (cf. Hch 2, 36), Jesús distribuye profusamente el Espíritu Santo hasta que “los santos” constituyan, en su unión con la Humanidad del Hijo de Dios, “ese Hombre perfecto ... que realiza la plenitud de Cristo” (Ef 4, 13): “el Cristo total” según la expresión de San Agustín.

“La obediencia de la fe”

143 Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela (cf. DV 5). La Sagrada Escritura llama “obediencia de la fe” a esta respuesta del hombre a Dios que revela (cf. Rom 1,5; 16,26).

Artículo 1 CREO

I LA OBEDIENCIA DE LA FE

144 Obedecer (“ob-audire”) en la fe, es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma.

Abraham, “el padre de todos los creyentes”

145 La carta a los Hebreos, en el gran elogio de la fe de los antepasados insiste particularmente en la fe de Abraham: “Por la fe, Abraham obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba” (Hb 11,8; cf. Gn 12,1-4). Por la fe, vivió como extranjero y peregrino en la Tierra prometida (cf. Gn 23,4). Por la fe, a Sara se otorgó el concebir al hijo de la promesa. Por la fe, finalmente, Abraham ofreció a su hijo único en sacrificio (cf. Hb 11,17).

146 Abraham realiza así la definición de la fe dada por la carta a los Hebreos: “La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven” (Hb 11,1). “Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia” (Rom 4,3; cf. Gn 15,6). Gracias a esta “fe poderosa” (Rom 4,20), Abraham vino a ser “el padre de todos los creyentes” (Rom 4,11.18; cf. Gn 15,15).

147 El Antiguo Testamento es rico en testimonios acerca de esta fe. La carta a los Hebreos proclama el elogio de la fe ejemplar de los antiguos, por la cual “fueron alabados” (Hb 11,2.39). Sin embargo, “Dios tenía ya dispuesto algo mejor”: la gracia de creer en su Hijo Jesús, “el que inicia y consume la fe” (Hb 11,40; 12,2).

María: “Dichosa la que ha creído”

148 La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que “nada es imposible para Dios” (Lc 1,37; cf. Gn 18,14) y dando su asentimiento: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Isabel la saludó: “¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!” (Lc 1,45). Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (cf. Lc 1,48).

149 Durante toda su vida, y hasta su última prueba (cf. Lc 2,35), cuando Jesús, su hijo, murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en el “cumplimiento” de la palabra de Dios. Por todo ello, la Iglesia venera en María la realización más pura de la fe.

“Hágase en mí según tu palabra ...”

494 Al anuncio de que ella dará a luz al “Hijo del Altísimo” sin conocer varón, por la virtud del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 28-37), María respondió por “la obediencia de la fe” (Rm 1, 5), segura de que “nada hay imposible para Dios”: “He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 37-38). Así dando su consentimiento a la palabra de Dios, María llegó a ser Madre de Jesús y, aceptando de todo corazón la voluntad divina de salvación, sin que ningún pecado se lo impidiera, se entregó a sí misma por entero a la persona y a la obra de su Hijo, para servir, en su dependencia y con él, por la gracia de Dios, al Misterio de la Redención (cf. LG 56):

Ella, en efecto, como dice S. Ireneo, “por su obediencia fue causa de la salvación propia y de la de todo el género humano”. Por eso, no pocos Padres antiguos, en su predicación, coincidieron con él en afirmar “el nudo de la desobediencia de Eva lo desató la obediencia de María. Lo que ató la virgen Eva por su falta de fe lo desató la Virgen María por su fe”. Comparándola con Eva, llaman a María `Madre de los vivientes’ y afirman con mayor frecuencia: “la muerte vino por Eva, la vida por María” (LG 56).

La fe

2087 Nuestra vida moral tiene su fuente en la fe en Dios que nos revela su amor. S. Pablo habla de la “obediencia de la fe” (Rm 1,5; 16,26) como de la primera obligación. Hace ver en el “desconocimiento de Dios” el principio y la explicación de todas las desviaciones morales (cf Rm 1,18-32). Nuestro deber para con Dios es creer en él y dar testimonio de él.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

He aquí cómo tuvo lugar el nacimiento de Jesucristo

En las tres lecturas de este Domingo hay algo en común; en cada una de ellas se habla de un nacimiento:

«Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa “Dios-con-nosotros”» (*I lectura*).

«Cristo Jesús..., ha nacido, según la carne, de la estirpe de David» (*II lectura*).

«El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera» (*Evangelio*).

Podríamos llamarla la «¡Dominica de los nacimientos!» En la Biblia el nacimiento reviste una grandísima importancia. Todas las grandes historias bíblicas comienzan con la descripción del

nacimiento del personaje, que hace ya presagiar su misión: Isaac, Moisés, Juan Bautista, Jesús mismo.

Dado que nosotros nos hemos propuesto situarnos frente al Evangelio con los problemas y las instancias del hombre de hoy, no podemos evitar plantearnos de inmediato la pregunta: así, ¿por qué nacen pocos niños en tantos países del occidente, incluida Italia y también en España, con un índice de natalidad de los más bajos en la Comunidad Europea?

Navidad, que en un tiempo era la fiesta por excelencia de los niños, ahora ya no lo es más. Es la fiesta de los mayores, de los adultos. Lo que se ve en las vitrinas o escaparates en Navidad son regalos sobre todo para los mayores. Si antes, en Navidad, la alegría de los mayores era sobre todo poder hacer felices a los niños, ahora parece que sea sobre todo hacerse felices entre sí.

Cada vez hay menos niños. Nuestro país, como muchos otros, está lleno de asilos y de escuelas elementales o de párvulos, que se cierran o se «reconvierten» a no ser por el fenómeno de la emigración. Yo sé que estoy tocando un punto delicado, que representa para muchos un drama íntimo. Lo hago, por lo tanto, como caminando sobre la punta de los pies, con todo el respeto de que soy capaz, consciente de que en este campo entran en juego muchos factores y por ello no se puede dar un juicio único válido para todos los casos.

Honestamente, ¿podemos llegar a decir que las dificultades económicas y sociales ahora son mayores que en otros momentos del pasado? Si lo que estamos viviendo es un momento de «crisis», ¿qué momento del pasado, antiguo y reciente, no lo ha sido?

El problema verdadero es la aridez o sequedad espiritual, la pérdida de energía vital, de alegría, de capacidad de proyectarse hacia el futuro. Es la pérdida de una cierta inocencia e ingenuidad y, por lo tanto, de la capacidad de asombro, de maravilla, frente a la vida y a las cosas. Es una pérdida de poesía. Estamos como un árbol, que va perdiendo las raíces más profundas y ahora se alimenta sólo con raíces superficiales. A fuerza de planificación, dentro de poco ya no habrá nada que «planificar», porque todo estará terriblemente «allanado».

A veces, hasta se le da la culpa a los impuestos o tasas. Nos chocará asimismo este factor; pero, el motivo principal ante la falta de natalidad no es de tipo económico. Contrariamente, los nacimientos debieran aumentar a medida que se sube hacia los estratos más altos de la sociedad o a medida que se va trepando desde el Sur hacia el Norte. No obstante, sabemos que ocurre exactamente lo contrario.

El motivo es más profundo ¿es la falta de esperanza! Si casarse supone siempre un acto de fe, poner en el mundo a un hijo es siempre un acto de esperanza. Nada se hace en el mundo sin esperanza. Tenemos necesidad de esperanza como del oxígeno para respirar. Cuando una persona está ante la inminencia de desaparecer, se le grita a quien está junto a ella: «¡Dadle algo fuerte para respirar!» Lo mismo se debiera hacer con quien está a punto de abandonarse, de rendirse frente a la vida: «¡Dadle un motivo de esperanza!»

Cuando una persona se levanta por la mañana y no tiene nada que esperar durante el resto de la jornada, nada de nada, no le perdáis de vista: está en un grave peligro... Es de este modo cómo maduran los propósitos de suicidio. Los jóvenes tienen necesidad de esperanza. Los hijos vuelven a gusto a casa o permanecen allí si en ella se respira un aire de esperanza. Si no, huyen, se evaden. Ciertos fenómenos, como la droga y la discoteca, en lo que ésta tiene de frenético y autodestructivo, es síntoma de falta de esperanza. «¿Para qué vienes aquí?», se le preguntó a un joven, cuando entraba en una discoteca, y la respuesta fue: «¡Para no pensar!» La esperanza se forja de respiración corta y

se acorta hasta llegar a ser lo que llena el espacio entre una y otra dosis de droga o entre un sábado por la tarde y otro.

Cuando en una situación humana renace la esperanza todo parece distinto, aunque si de hecho nada haya cambiado. La esperanza es una fuerza fundamental. Literalmente hace milagros. Yo soy un tipo muy friolero. Pero, he notado una cosa: el frío de abril meda menos miedo, lo soporto mejor, que el frío de noviembre, aunque es de la misma intensidad. ¿Por qué? En abril se tiene por delante la primavera, en noviembre el invierno. El de abril es un frío con esperanza, el de noviembre sin esperanza.

Pero, hoy en día, es hora de preguntarnos: ¿qué tiene que ofrecer el cristianismo a la gente en este momento de la historia? El Evangelio tiene una cosa esencial a ofrecer: ¡la Esperanza! Aquella con letra mayúscula, la Esperanza como virtud teologal.

Las esperanzas terrenas (casa, trabajo, salud, nacimiento de hijos), aunque cumplidas, inexorablemente desilusionan si no hay algo más profundo, que las sostiene y las enaltece. Son como hojas que se marchitan cuando el tronco del árbol se ha secado. Miremos lo que acontece en una telaraña. La telaraña es una obra de arte. Perfecta en su simetría, elasticidad y funcionalidad. Está bien tensa de hilos por todos los lados, que la estiran horizontalmente. Pero, está arrastrada desde lo alto y en su centro por un hilo, el hilo que la araña se ha tejido descendiendo. Si uno corta uno de los hilos laterales, la araña sale fuera, lo repara con rapidez y todo vuelve a su sitio. Pero, si vosotros rompéis aquel hilo, que baja desde lo alto, todo se afloja. La araña sabe que ya no hay nada que hacer y se aleja. La Esperanza teologal es el hilo, que baja de lo alto en nuestra vida, el que sostiene toda la trama de nuestras esperanzas.

Pero, ¿qué es la esperanza teologal? Es una capacidad nueva proporcionada para quien cree. Ella viene a incrustarse en la capacidad natural de proyectarse hacia el futuro, que es la simple esperanza humana, dándole un nuevo motivo y un nuevo contenido. Le confiere un horizonte «abierto», no cerrado ya por muro alguno, por ningún obstáculo. Ni siquiera el de la muerte.

La Esperanza, junto con la Fe y la Caridad, es uno de los tres brotes o semillas divinas, que planta el Espíritu Santo en la vida del bautizado; una de las tres nuevas «posibilidades», que Cristo ha creado para el hombre. «El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva» (1 *Pedro* 1, 3). Reengendrados: se trata, pues, de un nuevo nacimiento, una nueva juventud. San Pablo define al Dios cristiano como el «Dios de la esperanza» (*Romanos* 15, 13).

El poeta Péguy ha escrito un poema sobre la Esperanza teologal. En un cierto punto más o menos dice así: Fe, Esperanza y Caridad son como tres hermanas, que caminan alegremente cogidas de la mano por la calle. Dos son mayores y una, la del medio, es una niña. (Y se entiende que es la pequeña). Todos, viéndolas, piensan que las dos mayores, la Fe y la Caridad, son las que trajinan a la pequeña. Mas, por el contrario, es exactamente lo opuesto: es la pequeña, la Esperanza, la que arrastra a las otras dos, porque si se para la esperanza todo se detiene. Como los fieles en un tiempo, añade todavía, cuando salían de la iglesia se pasaban de mano en mano el agua bendita, así los cristianos deben pasarse de mano en mano, de padre a hijo, la divina Esperanza.

¿Qué puede representar la fiesta de Navidad en este momento, en el que sentimos tan fuerte la necesidad de esperanza? Puede representar la ocasión para un cambio de tendencia y para un renacimiento de la esperanza. Un oráculo profético, aplicado por la liturgia al nacimiento de Jesús, nos dice:

«El pueblo que andaba a oscuras vio una luz grande... Acrecentaste el regocijo, hiciste grande la alegría... Porque una criatura nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (*Isaías 9, 1-5*).

Estas palabras, leídas en nuestro contexto actual, adquieren un significado del todo especial. Contienen una promesa, añaden una vía para salir del vacío y del cenagal espiritual, en el que nos encontramos. Es necesario, sin embargo, redescubrir quién es aquel Niño y qué ha venido a traernos. Hay que volver a darle su sentido a la Navidad. Una Navidad sin el Niño Jesús es como un marco sin ningún cuadro dentro, como una Misa sin consagración y como una fiesta sin la celebración.

La fiesta de Navidad ha sido siempre la ocasión para hacer surgir en todos, grandes y pequeños, lo que hay de principal, más espontáneo, mejor, en el corazón: la capacidad de alegrarse y de maravillarse. Y esto del mismo modo durante la guerra y en tiempos mucho más oscuros que el nuestro.

Tengo una propuesta a hacerlos: que cada familia adopte a una niña en esta Navidad... ¡La niña Esperanza! Llévala a casa. ¿Qué no sucede allí donde entra esta niña? La Esperanza vuelve a comenzar siempre desde el principio. Es especialista en esto. Mil desilusiones y disfraces para ella no cuentan nada.

En ciertos países, una inversión de la tendencia en la natalidad, un aumento de cunas, será el signo concreto de la capacidad del pueblo cristiano de volver a comenzar, de saber encontrar recursos siempre nuevos en el fondo riquísimo de su humanidad y de su historia. Y acordémonos de lo que dijo un día Jesús:

«El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe» (*Mateo 18, 5*).

Esto vale asimismo para quien acoge a un niño pobre y abandonado, para quien adopta o sustenta a un niño del tercer mundo. Pero, vale sobre todo para los dos padres cristianos que, amándose, se abren a una nueva vida en la fe y en la esperanza. Aquel niño o aquella niña, que nacerá, será Jesús en medio de ellos: «... a mí me recibe».

Estoy seguro que muchas parejas, que hasta estaban en un momento presas de turbación al anunciárseles el embarazo, deberán repetir después por cuenta propia las palabras de este oráculo: «Has multiplicado la alegría, has aumentado el gozo, porque un niño nos ha nacido, ¡se nos ha dado un hijo!» (cfr. *Isaías 9, 2; Lucas 2, 11ss.*).

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Al modo de Dios

A cualquiera nos resulta evidente que el mundo que contemplamos y su concreta configuración no se debe a nosotros mismos. Es algo que reconocemos, que captamos con más o menos profundidad, intentando tener un conocimiento lo más exacto posible de esta realidad, así como de las normas o leyes que rigen el comportamiento y destino de cada uno de los seres que componen nuestro mundo. El hombre no es creador, sino, en todo caso, descubridor de una realidad anterior a él mismo, en la que está incluido, con las excelentes características que lo determinan como persona: pero es uno más de los seres existentes en el mundo.

Constituido sobre el resto de la Creación, el hombre no se ha otorgado a sí mismo esta superioridad, pues ninguno nos hemos conformado en personas, ni decidido, por tanto, nuestro modo de ser. Más bien, nos corresponde descubrir y aceptar nuestra propia verdad, como condición previa para todo comportamiento personal ulterior, pues, sólo a partir del conocimiento propio cabe pensar

en una acción verdaderamente libre y humana. De hecho, nada más llamamos humana, a aquella conducta que es libre: decidida por cada uno, en la que el sujeto no se siente forzado a actuar, y de la que conoce sus diversas posibilidades de acción y las consecuencias.

Como conclusión del relato evangélico que hoy consideramos, dice el evangelista que **al despertarse José hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su esposa**. José actúa libremente, aunque no llevara él la iniciativa, queriendo secundar en todo la voluntad que Dios, a través del ángel, le mostraba como divina. Tenemos en él un ejemplo permanente de fidelidad a la vocación, pues, cada vez que aparece en los escritos evangélicos, lo vemos colaborando con la misión del Verbo encarnado —que se le confió como hijo—, en ocasiones recibiendo indicaciones de parte de Dios que le concretan de modo explícito lo que espera de él.

En esto está la grandeza de José. Humanamente no es un personaje famoso de su tiempo, ni aparece para sus parientes y conocidos como autor de grandes hazañas; sin embargo, sólo con su vida —ordinaria casi siempre—, porque en todo momento respondió a las llamadas divinas, ha merecido un puesto de privilegio en la Gloria del Cielo, y ser recordado con admiración por todos los cristianos.

En este tiempo nuestro, cuando para muchos parece decisivo triunfar ante la gente, y que en eso estaría el valor personal; el Esposo de María nos enseña verdadera eficacia y sencillez: José cumple lo que Dios esperaba de él sin pensar en el propio lucimiento ni en satisfacciones personales. Actúa tan sólo a impulsos del querer divino, de modo que le basta conocer lo que el Señor espera de él para procurar ponerlo por obra, empleando para ello lo mejor de sus cualidades. Fe, esperanza y caridad eran hábitos corrientes en su conducta. Es más, por la docilidad con que reacciona a los estímulos sobrenaturales, manifiesta cuánto le movía ya en la tierra el amor de Dios. Un amor plasmado en obras de fidelidad: obediente enseguida a la indicación del ángel de recibir a María como esposa, en contra de lo que él ya había decidido; o, como veremos, poco tiempo después, saliendo enseguida, en plena noche hacia un país extraño, porque fiado del aviso recibido, también en sueños, descansa en la esperanza de encontrar en Egipto el mejor lugar para establecer su familia, por increíble que pudiera parecer, con las razonables dificultades del viaje y las demás incomodidades, lógicas en una tierra desconocida.

Las páginas del Evangelio, como ésta que hoy consideramos, pueden movernos al examen: ¿me interesa en realidad descubrir lo que agrada más al Señor en mi modo de actuar?; ¿hasta qué punto y con qué diligencia sigo lo que me pide, lo que reconozco que es su voluntad para mí? Porque, viviendo de modo consciente en la presencia de Dios, nuestra vida ha de ser de fe, esperanza y amor. Pidamos por ello a Dios, Nuestro Padre, de quien procede todo bien y que nos quiere santos, que aumente en cada uno las virtudes teologales, para tener así realismo sobrenatural; y que, firmemente apoyados en la materia de este mundo, podamos vivir vida de hijos de Dios. La mente de cada uno, atenta al destino para el que nos quiere el Creador, gobernará la conducta nuestra haciéndonos estar plenamente en las cosas de este mundo, pero sin reducirnos a lo mundano. Comprobaremos así que hasta lo más terreno, si forma parte de la vida de los hombres, puede y debe ser sobrenatural, capaz de manifestar amor a Dios, que eso espera de sus hijos en cada instante.

La nuestra será, como la de María, una vida de fe, esperanza y amor. Será, como la suya, aunque el dolor acompañe, una vida colmada de rico sentido e inmensamente feliz, en la presencia de nuestro Padre del Cielo.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

Será llamado “Dios con nosotros”

La liturgia de la Palabra de esta Misa se abre con la célebre profecía de Isaías: *El Señor mismo les dará un signo. Miren la joven está embarazada y dará a luz a un hijo, y lo llamará con el nombre de Emmanuel (que significa “Dios-con-nosotros)*. El pasaje evangélico nos describe el cumplimiento de esta profecía. El signo es María que, en su virginidad, ha dado a luz a Jesucristo. Todo esto —comenta, en efecto, el evangelista— sucedió a fin de que se cumplieran las Escrituras.

Con estos dos pasajes de las Escrituras, somos introducidos en el corazón de la Natividad. Antes de celebrar, dentro de pocos días, la Natividad histórica —el recuerdo del nacimiento del Señor—, hoy nos disponemos a contemplar y celebrar la Natividad teológica, es decir, el significado profundo de la Natividad. El misterio de la Natividad es éste: Dios, en Jesucristo, se ha hecho Emmanuel, el Dios-con-nosotros. De “Dios altísimo” se ha vuelto un Dios próximo, un Dios para los hombres. Es éste el nombre nuevo con que él será ahora conocido: el Emmanuel. ¿Qué significa todo esto? Dios estaba con el hombre desde la creación. Pero había un diálogo a distancia, realizado por medio de los profetas. Existía entre los dos una alianza difícil y precaria. Con Cristo, él entró en persona en la humanidad; se hizo uno de nosotros para hablarnos y salvarnos del interior de nuestra situación y de nuestra historia, La alianza se convirtió en “nueva y eterna”: eterna, porque las dos partes —Dios y el hombre— son ahora “una persona”, un ser único ya no divisible: Jesucristo. Jesucristo es el Emmanuel, el Dios con nosotros. Aprendamos a conocer bien este nombre de nuestro Salvador; encierra en síntesis toda nuestra fe en él. Jesús es Emmanuel, es decir, con nosotros; es uno de nosotros, nuestro hermano, “de la estirpe de David según la carne”, como dice Pablo en la segunda lectura de hoy, pero Jesús es también El, es decir, Dios. Es hijo del hombre, pero también hijo de Dios. Si fuera sólo “con nosotros”, pero no fuera “Dios”, no podría salvarnos, no sería el Señor del mundo y de la historia. Si fuera sólo “Dios”, pero no “con nosotros”, su salvación no nos interesaría; él también habría quedado como un Dios desconocido, lejos del alcance y de las esperanzas del hombre. He aquí el verdadero misterio cristiano que debemos reafirmar con claridad en Navidad.

Hubo un tiempo en la Iglesia en que la cultura hacía difícil aceptar que Jesús estuviera verdaderamente “con nosotros”, es decir, con los hombres, sujeto al nacimiento, al dolor y a la muerte (herejía docetista). Ahora la situación se ha vuelto al revés. Los hombres de hoy se apasionan por el hombre Jesús. “Sin embargo, es un hombre; es sólo un hombre”, canta la Magdalena en el film *Jesucristo Superstar*, dando una expresión a los sentimientos de tantos modernos lectores del Evangelio. Por el contrario, es difícil aceptar del Evangelio que él es más que un hombre; es también Dios.

Nosotros los cristianos no debemos ni escandalizarnos ni ofendernos ante estas incomprendiones, Quien ama y admira a Jesús simplemente como hombre, no tardará en descubrir que es algo más que un hombre o un profeta. Tampoco debemos retroceder frente al reconocimiento de la plena humanidad de nuestro Salvador sólo porque algunos se detienen en ella. Más que los otros, creemos que él fue hombre como nosotros, aun cuando sin pecado: hombre que conoció la privación, el tedio, el miedo, tal vez la duda, ciertamente la angustia y el dolor. Pero no podemos detenernos aquí. Incluso durante la vida de Jesús existía quien lo creía simplemente “un profeta”. Sin embargo, de sus discípulos él exigió algo más: “¿quién dicen ustedes que soy yo?”.

A esta eterna pregunta, la Iglesia responde con las palabras de Pedro: “Tú eres el Cristo, el hijo de Dios”, es decir, tú eres el Dios con nosotros.

¿Pero, verdaderamente, también hoy Jesús es un Dios-con nosotros, o lo fue sólo por el breve período de treinta años, desde su nacimiento de María en Belén hasta su muerte en la cruz? Sí, también hoy lo es. “Yo permanezco con ustedes hasta el fin del mundo”, dijo. Él habitó entre nosotros, escribió Juan (cfr. Jn 1,14). Jesús todavía es “Dios con nosotros”. Con la resurrección, inauguró un nuevo modo de estar en el mundo: un modo espiritual, invisible, pero real. Jesús es nuestro contemporáneo.

Frente a esta certeza de fe, la única respuesta del hombre es el grito jubiloso de Pablo: Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros... quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? (Rom. 8, 31). Es verdad: hay alguien que nos puede separar de él, y ese alguien somos nosotros mismos. Nosotros podemos, desafortunadamente, volverle la espalda a Jesús, vivir como si él nunca hubiera venido, como si no hubiera hablado. Vivir para nosotros mismos, como dice Pablo, y no para él, que murió y resucitó por nosotros (2 Cor. 5, 15). No nos sirve de nada ni siquiera que Dios esté con nosotros, si nos negamos a estar con él, de su parte. Por eso, el tiempo de la Navidad es también una ocasión para volver a convocar al cristiano a su compromiso moral: “Ecce nunc tempus acceptabile”, nos sigue diciendo el Apóstol: *Ahora es el tiempo propicio*.

Jesucristo es siempre el Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Pero hay un momento en el cual lo es de manera distinta: sacramental y real. Y es ahora, en nuestra celebración eucarística. Él se hace presente para estar con nosotros como alimento nuestro, ¿Quién podrá subir a la montaña del Señor y permanecer en su recinto sagrado?: así hemos cantado juntos en el salmo responsorial, y hemos respondido con el salmista: El que tiene las manos limpias y puro el corazón. Tal vez nosotros no tengamos manos limpias y corazón puro para acercarnos al altar del Señor, pero le ofreceremos en compensación un corazón humilde y contrito que él no desdeñará.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de San Jorge (18-XII-1983)

– El Señor está cerca

“¿Quién puede subir al monte del Señor? / ¿Quién puede estar en el recinto sacro?/ El hombre de manos inocentes/ y puro corazón” (Sal 23/24,3-4).

La liturgia de este domingo IV de Adviento insiste sobre el tema de la cercanía, recordando la llegada inminente del que debe venir, y trazando al mismo tiempo las características de quien, con motivo de esta venida, se acerca, a su vez, a Dios.

Desde los primeros versículos, el Salmo responsorial nos lleva a lo alto, al que es Señor de la tierra, de cuanto la llena, del universo y de sus habitantes. Dios creó todo para regalárselo al hombre, a fin de que éste, por la contemplación de lo creado, pueda reconocerlo y acercarse a Él.

Según la expresión del Salmista, Dios, por lo mismo que trasciende todo el universo material, está “por encima” del mundo; y así, el acercamiento a Él se presenta como un “subir”. Pero no se trata de un desplazamiento material en el espacio, sino de una apertura, una orientación del espíritu; una actividad “santa”, propia de los buscadores de Dios, “el grupo que busca al Dios de Jacob”.

– La Virgen en el Antiguo Testamento

Hoy la liturgia nos hace ver concretamente las dos figuras a las que les fue dado acercarse más a quien tenía que venir: María y José. Son las dos personas culminantes del tiempo de Adviento, situadas en la etapa de la cercanía más grande de Dios mismo.

La figura de María, en la presente liturgia, queda delineada en dos pasajes de la Escritura: en el Antiguo Testamento, como prefigurada con el texto de Isaías (Is 7,10-14); en el Nuevo, como realización, con el texto de Mateo (Mt 1,18-24).

Los libros del Antiguo Testamento, al describirnos la historia de la salvación, ponen de relieve, paso a paso –como observa el Concilio (LG 55)–, cada vez más claramente a la Madre del Redentor. Bajo este haz de luz Ella queda proféticamente bosquejada en la imagen de la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo, cuyo nombre será Emmanuel, que quiere decir “Dios con nosotros”. Es apenas una anticipación, eficaz para prefigurar un ser sin igual, predestinado por Dios, el cual, ya con anticipo de bastantes siglos, comienza a proyectar sobre nosotros algunos rasgos de su grandeza.

Este texto de Isaías, durante el curso de los siglos, se lee y entiende en la Iglesia a la luz de la revelación ulterior. Lo que en el Antiguo Testamento, con sus aperturas mesiánicas, era un comienzo, se convierte en claridad dentro del Nuevo Testamento. San Mateo reconoce en las palabras de Isaías a la mujer que, por obra del Espíritu Santo, concibió virginalmente, con exclusión de intervención del hombre.

Jesús es el que salvará al pueblo de sus pecados. Y Ella, María, es la madre de Jesús. El Hijo de Dios “viene” a su seno para hacerse hombre. Ella lo acoge. Jamás Dios se acercó tanto al ser humano como en este caso de realización de relaciones entre Hijo y Madre.

– La figura de San José

Al mismo tiempo, Mateo tiene cuidado de poner ante los ojos la acogida consciente y amorosa de parte de José.

Él, el esposo, que por sí solo no puede explicarse el acontecimiento nuevo que se realizaba bajo sus ojos, es iluminado por la intervención del Ángel del Señor sobre la naturaleza de la maternidad de María. “La criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo”.

De esta manera, José es puesto al corriente de los hechos y es llamado a meterse en el designio salvífico de Dios. Ahora él sabe quién es el Niño que ha de nacer y quien es la madre. De acuerdo de la invitación del Ángel, llevó consigo a su esposa, no la repudió. “Al acoger” a María, acoge también al que en Ella ha sido concebido por obra admirable de Dios, para quien nada es imposible.

La liturgia, concentrándose en estos dos pasajes del Adviento, nos conduce ya al terreno de la Navidad.

Ahora quedamos en escucha de la segunda lectura, tomada de la carta dirigida por el Apóstol Pablo a los Romanos. Ella nos habla precisamente a nosotros como si –también hoy– estuviera dirigida a nosotros, habitantes de la Roma moderna.

El Apóstol Pablo proclama la venida de Cristo precisamente a Roma; es la venida mediante el Evangelio: “Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el Evangelio de Dios, que había ya prometido por medio de sus profetas en las Escrituras Sagradas, acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro. Por Él hemos recibido este don y esta misión (Rom 1,1-5)”.

Desde que el Apóstol Pablo escribió estas palabras, han pasado casi dos mil años. Pero son siempre actuales, y todavía dirigidas a los romanos.

No nos queda más que ponemos en actitud de disponibilidad para acoger a Jesucristo por medio del Evangelio que anuncia la Iglesia, del mismo modo que lo acogieron los primeros cristianos...cuya fe era conocida en todo el mundo.

Queremos acogerlo, por utilizar la expresión del Apóstol, en toda la verdad de su Divinidad y de su Humanidad.

Recibámoslo la noche de Belén en el conjunto de su misterio pascual. “Por su resurrección de la muerte” Cristo ha sido “constituido, según el Espíritu Santo, Hijo de Dios con pleno poder”. Mediante el misterio Pascual se ha revelado plenamente al filiación divina del que nació la noche de Belén.

Acojamos a Cristo, Hijo de Dios, el que debe venir, y, al acogerlo, esforcémonos por asemejarnos a María y a José, quienes fueron los primeros en acogerlo mediante la fe con la fuerza del Espíritu Santo.

Efectivamente, en ellos se manifiesta la plena madurez del Adviento.

“Por Él hemos recibido este don y esta misión”.

“Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa: Dios con nosotros” (Mt 1,23).

Que el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, se convierta en la alegría y en la esperanza de todos los corazones humanos.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Se nos anuncia la inminente llegada del Salvador, “Dios con nosotros” (1ª lect), del linaje de David, Hijo de Dios (2ª lect). José, esposo de María, se siente turbado ante el embarazo de ella pero no queriendo infamarla piensa abandonarla en secreto. Un ángel, en sueños, le comunica el misterio (3ª lect).

Cada uno de nosotros debería emular esta reserva ejemplar de José cuando el misterio de Dios nos desconcierta. José está dominado por una torturante idea que no le deja dormir. Está seguro de la pureza de María porque la inocencia y la rectitud son difíciles de simular, pero sus ojos ratifican lo que todos ven y en lo que él no ha tenido parte. José tiene motivos suficientes para hacerle una escena a María. Sin embargo, calla.

Dios, a través de un ángel, le tranquiliza: “José, hijo de David, no tengas recelo en recibir a María, tu esposa, porque lo que se ha engendrado en su vientre es del Espíritu Santo”. ¡Con qué ojos tan distintos miraría a la Virgen a partir de esa aclaración! ¡Dios en el vientre de mi mujer! ¡Dios en mi casa! ¡Con qué respeto y delicadeza la trataría!

Dios está entre nosotros, en cada uno. Al encarnarse, su contacto con la humanidad no fue puramente circunstancial sino total, hipostático, lo llamaron los padres de nuestra fe. Dios ha hecho suya la causa del hombre y nos ha advertido que cualquier cosa que hacemos a alguno de sus hermanos más pequeños –que eso somos cada uno– a Él se lo hacemos. Cuando yo sonrío, hago un servicio, evito una palabra que puede herir, me intereso por los demás, estoy sonriendo, sirviendo, evitando herir e interesándome por Jesucristo.

Preguntémonos en el umbral de estos días navideños en que la familia se reúne y adornamos la casa, se sacan las mejores bebidas, las comidas más sabrosas: ¿Sacamos lo que de más cálido y mejor hay en nosotros para alegrar la vida de quienes nos rodean? ¿Sabemos reprimir el genio, moderar el carácter, pasar por alto los pequeños roces propios de toda convivencia? ¿Alivio con mi generosidad a quienes no gozan de la abundancia que Dios me ha concedido?

Dios está entre nosotros, en el marido, la mujer, los hijos, los hermanos, los vecinos y compañeros de profesión, los enfermos, los menos favorecidos, los que están en prisión... ¡Qué gran cosa sería que el cambio que se operó en S. José ante la aclaración del ángel, se produjera también en nosotros y tratáramos a los demás con la admiración y el afecto con que él trató a quien llevaba en su seno a Dios, María, su esposa!

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«La maternidad virginal de María y la salvación sólo pueden venir de Dios»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 7,10-14: «La Virgen concebirá»

Sal 23,1-6: «Va a entrar el Señor; Él es el Rey de la Gloria»

Rm 1,1-7: «Jesucristo, de la estirpe de David, Hijo de Dios»

Mt 1,18-24: «Jesús nacerá de María, desposada con José, hijo de David»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La permanencia del pueblo de Dios está apoyada en la promesa de venida del Dios del pueblo. Una cosa es que Dios se haga historia con el hombre y otra que el hombre deshaga o destruya la historia de Dios con Él.

La virginal gravidez de la Virgen será signo de salvación porque de ella nacerá el «Dios-con-nosotros». Como si hasta María, Dios fuera «simplemente» Dios, y desde María, «Dios-con-nosotros».

San José es el ejemplo de quienes saben que hay situaciones vitales que exigen una decisión fundamental desde una «lectura» de fe; que no pueden ser tomadas desde la desnuda voluntad humana, sino desde la que se decide desde Dios.

III. SITUACIÓN HUMANA

Las muestras de prepotencia de las que hace gala el hombre de hoy se ven muchas veces frenadas por la frustración. La sensación de fracaso no suele ser para muchos ocasión de buscar soluciones por otro camino, incluido el de la trascendencia, sino para insistir una y otra vez en la oferta de soluciones para la historia creyéndose salvadores de todo.

A veces ocurre que los grandes pensamientos o proyectos humanos son sometidos a prueba por el Evangelio, cuando es leído desde la fe; sin embargo ha de animarnos la convicción de que la fe, lejos de destruir la iniciativa del hombre, le ayuda a descubrir caminos nuevos e insospechados.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Cristo, concebido por obra del Espíritu Santo: “Los relatos evangélicos presentan la concepción virginal como una obra divina que sobrepasa toda comprensión y toda posibilidad humanas: «Lo concebido en ella viene del Espíritu Santo», dice el ángel a José a propósito de María, su desposada (Mt 1,20)” (497; cf 496).

– María, siempre Virgen: 499. 500. 501. 503.

La respuesta

– La oración en comunión con la Santa Madre de Dios: “A partir de esta cooperación singular de María a la acción del Espíritu Santo, las Iglesias han desarrollado la oración a la santa Madre de Dios, centrándola sobre la persona de Cristo manifestada en sus misterios. En los innumerables himnos y antifonas que expresan esta oración, se alternan habitualmente dos movimientos: uno «engrandece» al Señor por las «maravillas» que ha hecho en su humilde esclava, y por medio de ella, en todos los seres humanos; el segundo confía a la Madre de Jesús las súplicas y alabanzas de los hijos de Dios ya que ella conoce ahora la humanidad que en ella ha sido desposada por el Hijo de Dios” (2675; cf 2673. 2674).

– Todos los fieles estamos llamados a la santidad: 2012. 2013.

El testimonio cristiano

– «Merced a este vínculo especial que une a Cristo con la Iglesia, se aclara mejor el misterio de aquella mujer que, desde los primeros capítulos del libro del Génesis hasta el Apocalipsis, acompaña la revelación del designio salvífico de Dios respecto a la humanidad. Pues María, presente en la Iglesia como Madre del Redentor, participa maternalmente en aquella dura batalla contra el poder de las tinieblas que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana» (Juan Pablo II, *RM*, 47).

El creyente no puede «acostumbrarse» nunca a las maravillas de Dios. El asombro forma parte de la fe porque certifica que la salvación y sus manifestaciones sólo pueden tener a Dios por autor.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Adviento, tiempo de esperanza

– **Santa María, Maestra de esperanza. Origen del desánimo y del desaliento. Jesucristo, el bien supremo.**

I. El espíritu del Adviento consiste en buena parte en vivir cerca de la Virgen en este tiempo en el que Ella lleva en su seno a Jesús. La vida nuestra es también un *adviento* un poco más largo, una espera de ese momento definitivo en el que nos encontraremos por fin con el Señor para siempre. El cristiano sabe que este *adviento* ha de vivirlo junto a la Virgen todos los días de su vida si quiere acertar con seguridad en lo único verdaderamente importante de su existencia: encontrar a Cristo en esta vida, y después en la eternidad.

Y para preparar la Navidad, ya tan cercana, nada mejor que acompañar en estos días a Santa María, tratándola con más amor y más confianza.

Nuestra Señora fomenta en el alma la alegría, porque con su trato nos lleva a Cristo. Ella es *Maestra de esperanza. María proclama que la llamarán bienaventurada todas las generaciones (Lc 1, 48). Humanamente hablando, ¿en qué motivos se apoyaba esa esperanza? ¿Quién era Ella,*

para los hombres y mujeres de entonces? Las grandes heroínas del Viejo Testamento –Judith, Ester, Débora– consiguieron ya en la tierra una gloria humana (...). ¡Cómo contrasta la esperanza de Nuestra Señora con nuestra impaciencia! Con frecuencia reclamamos a Dios que nos pague enseguida el poco bien que hemos efectuado. Apenas aflora la primera dificultad, nos quejamos. Somos, muchas veces, incapaces de sostener el esfuerzo, de mantener la esperanza¹.

No cae en desaliento quien padece dificultades y dolor, sino el que no aspira a la santidad y a la vida eterna, y el que desespera de alcanzarlas. La primera postura viene determinada por la incredulidad, por el aburguesamiento, la tibieza y el excesivo apegamiento a los bienes de la tierra, a los que considera como los únicos verdaderos. El desaliento, si no se le pone remedio, paraliza los esfuerzos para hacer el bien y superar las dificultades. En ocasiones, el desánimo en la propia santidad está determinado por la debilidad del querer, por miedo al esfuerzo que comporta la lucha ascética y tener que renunciar a apegamientos y desórdenes de los sentidos. Tampoco los *aparentes* fracasos de nuestra lucha interior o de nuestro afán apostólico pueden desalentarnos: quien hace las cosas por amor a Dios y para su Gloria *no fracasa nunca: Convéncete de esta verdad: el éxito tuyo – ahora y en esto– era fracasar. –Da gracias al Señor y ¡a comenzar de nuevo!². No has fracasado: has adquirido experiencia–. ¡Adelante!³.*

Dentro de pocos días veremos en el *belén* a Jesús en el pesebre, lo que es una prueba de la misericordia y del amor de Dios. Podremos decir: “En esta Nochebuena todo se para en mí. Estoy frente a Él: no hay nada más que Él, en la inmensidad blanca. No dice nada, pero está ahí... Él es Dios amándome”⁴. Y si Dios se hace hombre y me ama, ¿cómo no buscarle? ¿Cómo perder la esperanza de encontrarle si Él me busca a mí? Alejemos todo posible desaliento; ni las dificultades exteriores ni nuestra miseria personal pueden nada ante la alegría de la Navidad que ya se acerca.

– El objeto de nuestra esperanza.

II. La esperanza se manifiesta a lo largo del Antiguo Testamento como una de las características más esenciales del verdadero pueblo de Dios. Todos los ojos están puestos en la lejanía de los tiempos, por donde un día llegaría el Mesías: “los libros del Antiguo Testamento narran la historia de la Salvación, en la que, paso a paso, se prepara la venida de Cristo al mundo”⁵.

En el *Génesis* se habla ya de la victoria de la *Mujer* sobre los poderes del mal, de un mundo nuevo⁶.

El profeta Oseas anuncia que Israel se convertirá y florecerá en el amor antiguo⁷. Isaías, en medio de las decepciones del reinado de Ezequiel, anuncia la venida del Mesías⁸, Miqueas señalará a Belén de Judá como el lugar de su nacimiento⁹.

Faltan pocos días para que veamos en el *belén* a Nuestro Señor, *a quien todos los profetas anunciaron, la Virgen cuidó con inefable amor de Madre, Juan lo proclamó ya próximo y lo señaló después entre los hombres. El mismo Señor nos concede ahora prepararnos con alegría al misterio*

¹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 286.

² IDEM, *Camino*, n. 404.

³ *Ibidem*, n. 405.

⁴ J. LECLERQ, *Siguiendo el año litúrgico*, Madrid 1957, p. 78.

⁵ CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 55.

⁶ Cfr. *Gen* 3, 15.

⁷ *Os* 2, 16-25.

⁸ *Is* 7, 9-14.

⁹ Cfr. *Miq* 5, 2-5.

de su Nacimiento, para encontrarnos así, cuando llegue, velando en oración y cantando su alabanza¹⁰.

Jesucristo proclama, desde el pesebre de Belén hasta el momento de su Ascensión a los cielos, un mensaje de esperanza. Jesús mismo *es nuestra única esperanza*¹¹. Él es la garantía plena para alcanzar los bienes prometidos. Miramos hacia la gruta de Belén, “en vigilante espera”, y comprendemos que sólo con Él nos podemos acercar *confiadamente a Dios Padre*¹².

El Señor mismo nos señala que el objeto principal de la esperanza cristiana no son los bienes de esta vida, que *la herrumbre y la polilla corroen y los ladrones desentierran y roban*¹³, sino los tesoros de la *herencia incorruptible*, y en primer lugar la felicidad suprema de la posesión eterna de Dios.

Esperamos confiadamente que un día nos conceda la eterna bienaventuranza y, ya ahora, el perdón de los pecados y su gracia. Como una consecuencia, la esperanza se extiende a todos los medios necesarios para alcanzar ese fin. Desde este aspecto particular, también los bienes terrenales pueden caer en el ámbito de la esperanza, pero sólo en la medida y en la manera con que Dios los ordena a nuestra salvación.

Vamos a luchar, estos días y siempre, con todas nuestras fuerzas contra esas formas menores de desesperación que son el desánimo, el desaliento y el estar preocupados casi exclusivamente por los bienes materiales.

La esperanza lleva al abandono en Dios y a poner todos los medios a nuestro alcance, para una lucha ascética que nos impulsará a recomenzar muchas veces, a ser constantes en el apostolado y pacientes en la adversidad, a tener una visión más sobrenatural de la vida y de sus acontecimientos. “En la medida en que el mundo se cansa de su esperanza cristiana, la alternativa que le queda es el materialismo, del tipo que ya conocemos; estoy nada más. Su experiencia del cristianismo ha sido como la experiencia de un gran amor, el amor de toda una vida... Ninguna voz nueva (...) tendrá ningún atractivo para nosotros si no nos devuelve a la gruta de Belén, para que allí podamos humillar nuestro orgullo, ensanchar nuestra caridad y aumentar nuestro sentimiento de reverencia con la visión de una pureza deslumbradora”¹⁴.

– **Confianza en el Señor. Nunca llega tarde para darnos la gracia y las ayudas necesarias.**

III. Escuchadme, los desanimados, que os creéis lejos de la victoria. Yo acerco mi victoria; no está lejos, mi salvación no tardará¹⁵.

Nuestra esperanza en el Señor ha de ser más grande cuanto menores sean los medios de que se dispone o mayores sean las dificultades. En cierta ocasión en que Jesús vuelve a Cafarnaúm, nos dice San Lucas¹⁶ que *todos estaban esperándole*. En medio de aquella multitud sobresale un personaje que el Evangelista destaca diciendo que era un *jefe de sinagoga* y pide a Jesús la curación

¹⁰ Prefacio II de Adviento.

¹¹ Cfr. 1 Tim 1, 1.

¹² 1 Tim 3, 12.

¹³ Mt 6, 19.

¹⁴ R. A. KNOX, *Sermón sobre la Navidad*, 29-XII-1953.

¹⁵ Cfr. Is 46, 12-13.

¹⁶ Lc 8, 40-56.

de su hija: *se postró a sus pies*; no tiene reparo alguno en dar esta muestra pública de humildad y de fe en Él.

Inmediatamente, a una indicación del Señor, todos se ponen en movimiento en dirección a la casa de Jairo. La niña, de doce años, hija única, se estaba muriendo. Debe de estar ya agonizando. Precisamente entonces, cuando han recorrido una parte del camino, y al amparo de la multitud, una mujer que padece una enfermedad que la hace impura según la ley se acerca por detrás y toca el extremo del manto del Señor. Es también una mujer llena de una profunda humildad.

Jairo había mostrado su esperanza y su humildad postrándose delante de todos ante Jesús. Esta mujer pretende pasar inadvertida, no quería entretener al Maestro; pensaba que era demasiado poca cosa para que el Señor se fijara en ella. Le basta tocar su manto.

Ambos milagros se realizarán acabadamente. La mujer, en la que había fracasado la ciencia de tantos médicos, será curada para siempre, y la hija de Jairo vivirá plena de salud a pesar de que cuando llega la comitiva, después del retraso sufrido en el trayecto, haya muerto.

Durante el suceso con la hemorroisa, ¿qué ocurre con Jairo? Parece que ha pasado a segundo plano, y no es difícil imaginarlo un tanto impaciente, pues su hija se le moría cuando la dejó para buscar al Maestro. Cristo, por el contrario, no aparenta tener prisa. Incluso parece no dar importancia a lo que ocurre en casa de Jairo.

Cuando Jesús llega, la niña ya había muerto. Ya no hay posibilidad de salvarla; parece que Jesús ha acudido tarde. Y precisamente ahora, cuando humanamente no queda nada por hacer, cuando todo invita al desaliento, ha llegado la hora de la esperanza sobrenatural.

Jesús no llega nunca tarde. Sólo se precisa una fe mayor. Jesús ha esperado a que se hiciese “demasiado tarde”, para enseñarnos que la esperanza sobrenatural también se apoya, como cimiento, en las ruinas del esperar humano y que sólo es necesario una confianza sin límites en Él, que todo lo puede en todo momento.

Nos recuerda este pasaje nuestra propia vida, cuando parece que Jesús no viene al encuentro de nuestra necesidad, y luego nos concede una gracia mucho mayor. Nos recuerda tantos momentos junto al Sagrario en que nos ha parecido oír palabras muy semejantes a éstas: *No temas, ten sólo fe*. Esperar en Jesús es confiar en Él, dejarle hacer. Más confianza, cuanto menores sean los elementos en que humanamente nos podamos apoyar.

La devoción a la Virgen es la mayor garantía para alcanzar los medios necesarios y la felicidad eterna a la que hemos sido destinados. María es verdaderamente “puerto de los que naufragan, consuelo del mundo, rescate de los cautivos, alegría de los enfermos”¹⁷. Pidámosle que sepamos esperar, en estos días que preceden a la Navidad y siempre, llenos de fe, a su Hijo Jesucristo, el Mesías anunciado por los Profetas. “Ella precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo, hasta que llegue el día del Señor (cfr. 2 Pdr 3, 10)”¹⁸.

Rev. D. Pere GRAU i Andreu (Les Planes, Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

Despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado

¹⁷ SAN ALFONSO M^a DE LIGORIO, *Visita al Stmo. Sacramento*, 2.

¹⁸ CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 68.

Hoy, la liturgia de la Palabra nos invita a considerar y admirar la figura de san José, un hombre verdaderamente bueno. De María, la Madre de Dios, se ha dicho que era bendita entre todas las mujeres (cf. Lc 1,42). De José se ha escrito que era justo (cf. Mt 1,19).

Todos debemos a Dios Padre Creador nuestra identidad individual como personas hechas a su imagen y semejanza, con libertad real y radical. Y con la respuesta a esta libertad podemos dar gloria a Dios, como se merece o, también, hacer de nosotros algo no grato a los ojos de Dios.

No dudemos de que José, con su trabajo, con su compromiso en su entorno familiar y social se ganó el “Corazón” del Creador, considerándolo como hombre de confianza en la colaboración en la Redención humana por medio de su Hijo hecho hombre como nosotros.

Aprendamos, pues, de san José su fidelidad —probada ya desde el inicio— y su buen cumplimiento durante el resto de su vida, unida —estrechamente— a Jesús y a María.

Lo hacemos patrón e intercesor para todos los padres, biológicos o no, que en este mundo han de ayudar a sus hijos a dar una respuesta semejante a la de él. Lo hacemos patrón de la Iglesia, como entidad ligada, estrechamente, a su Hijo, y continuamos oyendo las palabras de María cuando encuentra al Niño Jesús que se había “perdido” en el Templo: «Tu padre y yo...» (Lc 2,48).

Con María, por tanto, Madre nuestra, encontramos a José como padre. Santa Teresa de Jesús dejó escrito: «Tomé por abogado y señor al glorioso san José, y encomendéme mucho a él (...). No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer».

Especialmente padre para aquellos que hemos oído la llamada del Señor a ocupar, por el ministerio sacerdotal, el lugar que nos cede Jesucristo para sacar adelante su Iglesia. —¡San José glorioso!: protege a nuestras familias, protege a nuestras comunidades; protege a todos aquellos que oyen la llamada a la vocación sacerdotal... y que haya muchos.

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)

La gran fe de José

“Miren, la joven está embarazada y dará a luz un hijo, y lo llamará con el nombre de Emanuel, el Dios con nosotros” (Is 7,14). Esta afirmación del profeta Isaías que todos conocen como el más célebre, que anuncia el adviento del Mesías en la historia de la humanidad, nos anticipa desde ahora la cercanía de aquel día estupendo y maravilloso, que será el *dies natalis* de Jesús, aquel que había sido anunciado por todas las escrituras y por los profetas, aquel que las completará y las llevará a cumplimiento. Nuestro Dios se encarnará y nacerá gracias a la disponibilidad generosa de la “joven”, aquella que desde la eternidad había sido elegida para convertirse en la madre del Salvador. Por una parte, vemos la poca fe de Ajaz que rechaza la oferta de Dios en el pedirle una señal, pero por otra parte su insistencia en el concedérsela, de modo que se realice plenamente la morada de Dios entre los hombres (cfr Is 7, 10-14).

“José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa” (Mt 1,20).

De la misma manera como en la lectura del profeta Isaías, pero diametralmente opuesta a la actitud incrédula de Ajaz, vemos la total adhesión de parte de José que, no obstante, en un primer momento, como prescribe la ley, había decidido de abandonar en secreto a María, porque había sabido de su repentino embarazo; delante de la tranquilización del ángel del Señor “hizo lo que le había ordenado... llevó a María a su casa” (Mt 1,24). Sin embargo, todo esto no disminuye la paternidad de José, aun cuando lo que se había verificado era obra del Espíritu Santo, sino que es

exaltada porque “tú le pondrás el nombre de Jesús, él salvará a su pueblo de todos sus pecados” (Mt 1,21). En otras palabras, gracias a su extraordinaria paternidad, que él mismo aceptará, permitirá la realización de la promesa hecha por Dios, la de querer morar en medio de su pueblo. Esta gran fe de José, nos ayuda a comprender que ésta también asume un nuevo valor en las cosas más íntimas que nos pertenecen.

Es por eso que cada uno de nosotros, como nos recuerda hoy, “el apóstol por vocación”, tenemos que “obtener la obediencia a la fe”, para hacer nuestra profesión en Jesucristo (cfr Rm 1,1-7).

En todo esto vemos la gran misión que María realiza como un instrumento privilegiado en las manos de Dios, porque es gracias a ella que comienza a realizarse la morada de Dios entre los hombres, convirtiéndose ella misma antes que nadie en morada del Verbo: “Tú hoy, oh María, te has hecho libro en el cual se describe nuestra regla de vida. En ti hoy está inscrita la sabiduría del Padre eterno [...] Oh María, dulce amor mío, en ti está inscrito el Verbo, del cual nosotros tenemos la doctrina de la vida. Tú eres la mesa que nos brinda esa doctrina. Yo veo este Verbo, que está inscrito en ti, que tiene el santo deseo de la cruz. Inmediatamente, desde que fue entregado a ti, le fue injertado y admitido el deseo de morir, para la salvación del hombre, por la cual Él se encarnó.

Despertémonos entonces, porque el Nacimiento del Señor está ya a la puerta, vayamos a su encuentro, Él está por venir con su gloria: ¡escuchémoslo, amémoslo y sigámoslo!
